

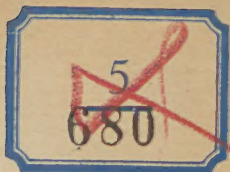
3177



Ha.

3174

5/680



ANTONIO GOMEZ AZEVES

ENSAYOS CRÍTICOS
Y
CARTAS
LITERARIAS

—•>◁•—

SEVILLA

Imp. de GIRONÉS, ORDUÑA Y CASTRO, Lagar 3.

1880

ANTONIO GOMEZ AZEVES

ENSAYOS CRÍTICOS

Y

CARTAS

LITERARIAS

SEVILLA

Imp. de GIRONÉS, ORDUÑA Y CASTRO, Lagar 3.

1879

U. I. A. Z. A. S.

Al Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel:

Mi querido amigo: Estas dos obrillas que ahora ofrezco á V. las escribí en mi juventud, cuando, al tomar aficion á los estudios literarios, sentia arder en el fondo de mi alma el sacro fuego que siempre inflama á todos los amantes del verdadero saber humano. Ya, en la vejez, tocando los frios bordes del sepulcro, las publico, con el noble deseo de que nuestros nombres traspasen unidos los remotos dias de los siglos futuros, y digan en ellos los eruditos que era su invariable amigo

Antonio Gomez Azeves.

Ami' amigo D. José Treviño y Toledo, estima
Al crédito.

Antonio Gomez
y Treves

ENSAYOS CRÍTICOS

POESÍAS
DE
FRANCISCO DE RIOJA

SILVAS

Á LA ROSA

I

Estos son, indisputablemente, los primeros ensayos de poesía descriptiva del Parnaso español. En ellos Rioja se ostenta, ora galano, ora delicado, ora suave, ora dulce, ora filosófico, según el asunto lo requiere.

En la silva presente, con el tono patético y la escogida locucion poética que distinguen al *Cantor de las flores*, al ilustre sevillano, nos pinta, á la imaginacion, una rosa, dándole todo el interés que se puede comunicar á una cosa tan comun, aunque tan bella. «¿Qué ofrece esta flor, pregunta el señor Quintana, á nuestra vista y á nuestro agrado? Sus formas, responde, su color, su fragancia

y su frescura. Pero la fantasía del poeta embellecerá todo esto, haciendo que las hojas sean plumas de las alas del Amor; oro de su cabello, los estambres que encierra en su cáliz, y el color, la sangre de la Diosa de Citéres.»

II

El talento y el gusto con que está desempeñada esta bellísima composición elegíaca prueban, hasta la evidencia, los estudios clásicos de Rioja y su delicada manera de sentir. En esta última dote ningún poeta castellano le ha igualado hasta el día. El Padre Luis de León, si se quiere, más blando, más apacible, más suave, es siempre más mustio, más descolorido, más desmayado. Garcilaso, si también se quiere, más fresco, más florido, carece en parte de esos brillantes toques patéticos que, á manera de zafiros, resplandecen de continuo en las obras de nuestro Rioja.

Vamos, pues, á ver toda esta silva.

«Pura, encendida rosa,
Émula de la llama
Que sale con el día,»

.
.

III

Si uno de los objetos más difíciles de la poesía lírica es cantar con maestría y delicadeza las bellas obras de la Providencia; si uno de los oficios más arduos del género descriptivo es engalanar con imágenes felices y dar interes, más que el que tienen en sí mismas, á las creaciones agradables del Eterno, hé aquí una composicion que maravillosamente satisface entrámbos objetos. En ella Francisco de Rioja, el divino *Cantor de las flores*, luce toda la lindeza de sus símiles y la gallardía de sus pensamientos. Parece que se está viendo á la rosa salir lozana del capullo; abrir, en los primeros albores del día, su crespo seno, para que exhalen sus hojas el aroma y el perfume, y á la tarde caer desfallecida al suelo, llorando su ligera duracion, su corta vida. ¡Qué idea tan altamente elegiaca y filosófica; pero qué difficilísima para ejecutarla, como está aquí, con perfeccion y desembarazo!

Mucho sirvió á Rioja para escribir esta silva y las otras, en que me ocuparé más adelante, vivir en nuestra florida Sevilla, donde nacen á porfía todas las bellezas botánicas del arte y de

la naturaleza; en esta Italia de España, tan apetecida de propios y de extraños; en este pensil de primores, que eleva la imaginacion y enardece el alma del hombre más frio é insensible. Ciertamente que si el *Cantor de las flores* hubiera vivido, por ejemplo, sobre el suelo glacial de Dinamarca ó de Suecia, y bajo el cielo encapotado de otras naciones septentrionales, jamás hubiera podido entretejer estas embelesadoras guirnaldas, estos ramilletes odoríferos:

«Pura, encendida rosa,
Émula de la llama.»

¡Qué apóstrofe tan bello! El alma se recrea al leerlo. ¡Cuánta copia de galanas imágenes! ¡Cuánta pureza de diction escogida se miran en él atesoradas! Fray Luis de Leon, en la más célebre de sus odas, levantándose hasta donde le era dado, hace apostrofar al rio Tajo para vaticinar á Rodrigo su infausta derrota en las márgenes del Guadalete. Nuestro Rioja, más modesto, pero más delicado, en ésta, una de sus más lozanas silvas, dirige su voz á la *rosa* para presentarla fresca á la mañana, seca y deshojada á la tarde; riente al nacer, llorosa al morir. ¡Cuántos yelmos tiene que despedazar, cuántos cascos tiene que hundir, cuántas lanzas tiene que romper, cuántos soldados tiene que reunir, cuántas naves tiene que pintar el Maestro Fray Luis de Leon para dar interes á su obra;

miéntras que Rioja con cuatro estambres y algunas corolas, con cuatro matices y algunos olores da brillantísimo realce á su composicion! En la de Fray Luis se encuentra, sin duda alguna, más valentía y movimiento, pues así lo requería el asunto; pero en la de Rioja hay más creacion y plan mejor llevado á cabo.

IV

El nombre, en fin, de Francisco de Rioja nunca se olvidará, yendo eternamente unido á los de nuestros más grandes poetas, pues tal ha sido siempre el justo premio que reservó el mundo al mérito eminente.

AL CLAVEL

I

El gusto, el colorido y la delicadeza de esta silva son de un mérito extraordinario. En ella Rioja manifiesta los dulces sentimientos de su amor, valiéndose para ello de los más suaves apóstrofes y de las más sábias repeticiones. ¡Cuánta

belleza en las formas! ¡Cuánta sobriedad en las figuras! ¡Cuánta gallardía en la versificación! Ni una palabra, ni un ripio siquiera vienen á turbar el placer del humanista, á desvirtuar las sensaciones del literato.

El interes que inspira su lectura se graba en el corazon de una manera indeleble. En verdad que el intento del poeta, al escribirla, se ve hartamente satisfecho, pues recrea é instruye al mismo tiempo, que es lo que se propuso su esclarecido talento.

«Á tí, clavel ardiente,»

.

II

¡Cuán sentimental es la entrada de esta silva! ¡Qué pureza de dición! ¡Qué proporcion de número! Despues de haber leído la dedicada á la *rosa* donde el sensibilísimo poeta llora la velocidad de su existencia, cuán regalada es la lectura de la presente, en la que, por medio de una especie de antítesis, vemos al clavel más durable que la *rosa* y embellecido por la más exquisita locucion poética y las galas de la más dulce y cadenciosa versificación!

III

¿Quién podrá oír el siguiente trozo sin llenarse de entusiasmo, llorando las amargas pérdidas que vamos experimentando de día en día en el lozano idioma español? ¿Quién no lamentará la afición, hoy tan dominante, á la literatura francesa, que ha estragado el buen gusto de nuestros humanistas modernos, empañando sus escritos con los borrones de los más bárbaros y extravagantes galicismos?

Si en artes mecánicas y en ciencias debemos mucho á nuestros vecinos, en literatura nada; pues la nuestra es mucho más preciosa y rica que la suya, tan cacareada por cuatro mozalvetes ignorantes.

«¡Oh flor de alta fortuna!»

.
.

IV

Las flores, pues, no se pueden nunca cantar sino con las liras de Tibulo ó de Propercio. Sus

aromas, sus matices, sus bellezas y sus lozanías, que tanto nos agradan y nos deleitan, mueren en corto tiempo, siendo restos marchitos y cadavéricos aquellos mismos estambres, aquellas mismas hojas, aquellos mismos capullos que, pocas horas ántes, habian sido la gala de los campos y el recreo de nuestros ojos. Esto lo comprendió Rioja perfectamente y por eso le vemos en sus silvas tan triste como expresivo, tan melancólico como filósofo.

V

Cuando el poeta se proponga cantar á alguna flor, estúdiela científicamente para describirla bien, píntela matizada y fresca; compárela á lo más lozano, agradable y bello de la naturaleza; y tomando, últimamente, un tono elegíaco, llórela en su espirar temprano. Esta transición de la vida á la muerte será de tanto más efecto y mérito, cuanto el alma la perciba ménos. Suavidad, galanura y cierta especie de languidez en la versificación ó rima, son muy á propósito en estos lugares, en estas clases de composiciones. Quien desee escribirlas para la posteridad, como Rioja, siga su sabio ejemplo; imítelo severamente, y conseguirá, sin

disputa alguna, dar á sus obras todo el colorido clásico, toda la belleza filosófica que logró atesorar en las suyas aquel vate privilegiado.

Á LA ARREBOLERA

I

La ligera lectura de esta silva causa una sensacion agradable. Pero ¡cuánto más admira y deleita si detenidamente se estudian todas sus grandes bellezas! Un plan lindísimo, un tono dulce y suave, y una forma clásica, la engalanan y la enriquecen al mismo tiempo. Su versificacion se desliza como el limpio arroyuelo que corre por entre las flores de la pradera, ó el aura que atraviesa los romerales del valle.

Propúsose el poeta pintar la corta vida de aquella florecilla, que apenas abre su seno cuando ya mustia y cadavérica cae al suelo deshojada; y lo hace de una manera tan afectuosa y tierna, que produce en nuestro ánimo incalificable melancolía. ¿Quién permanecerá tranquilo al escuchar tantos y tan delicados apóstrofes? Necesitaríase no tener cabeza ni corazon para no deleitarse con esta silva, una de las más buenas de Rioja.

«Tristes horas y pocas»

.
.
.

II

El artificio, la variedad y la lozanía con que están enlazados los períodos poéticos en esta obra bellísima, y el tono y la cadencia de los metros, la hacen ciertamente inapreciable y digna del profundo análisis y del estudio continuo de los inteligentes. El *Cantor de las flores* nos presentó en ella los blandos sentimientos de una moral purísima, dándoles un halago tan delicioso y balsámico, que por su originalidad y acertada disposición merece los más grandes elogios.

«Tristes horas y pocas.»

.
.

«De tu nacer la muerte arrebatada.»

III

Este melancólico paisaje, este cuadro lisonjero

figura muy bien la brevedad de la vida á que la Providencia condenó á la arbolera. Nadie ignora que esta florecilla abre su cáliz al ocultarse el sol, y que mustia y desmayada, cuando no caida al suelo, la ven los primeros rayos del dia. Por esto dice Rioja *tristes horas*, por ser las de la noche, en las que únicamente vive la arbolera. El tono sentencioso y la severa filosofía de este trozo bellissimo son inmejorables.

Á la verdad tampoco sé, como sucede al señor Quintana, á qué uso ó costumbre hace relacion Rioja cuando habla de los *viajes* y de las *navegaciones* de la arbolera; pero creo que nuestro poeta se propuso aconsejarle que, por acrecentar algunos instantes más la vida, no huyera á países ménos meridionales que el de Sevilla, donde Rioja moraba cuando escribió esta silva; porque tal vez en su larga navegacion hallaria la sepultura entre las aguas revueltas de los profundos mares. Así entiendo este pasaje oscuroísimo.

IV

Una leccion muy filosófica, un tono apacible y una ternísima expresion tienen estos versos:

«Y tú admirable y vaga»

.

«Que un espacioso número de daños.»

En estos dos últimos nos enseña el poeta moralista á no ambicionar un dilatado cúmulo de años para librarnos de los males, de las penurias y de los achaques inherentes á la condicion humana en la fria vejez. ¡Cuán triste y desengañadora es la sentencia que forman los dos referidos versos! La palabra *vaga* está tomada en la acepcion italiana de *hermosa*.

Manifiéstase el estudio constante, el diario trabajo que habia hecho Rioja en los filósofos griegos y latinos, con especialidad en Séneca, cuyas sentimentales y humanas sentencias están vaciadas de una manera dulcísima en su inolvidable *Epístola á Fabio*, que más adelante analizaremos.

V

El poeta, arrobado de placer con la misma idea, inspirado por el mismo pensamiento, continúa así:

«Si vives breves horas»

.

«Tintas para su frente y sus cabellos.»

El sentimiento, la majestad y la armonía de este trocito exceden á los recursos de la más sabia y elevada crítica. ¿Quién podrá juzgarlo acertadamente? ¿Quién podrá desmenuzar, uno por uno, todos sus recreadores encantos?

«Tú las divinas sienes

Ciñes de la callada noche obscura.»

¿Dónde se leerán dos versos tan suaves, tan dulces y tan bien contruidos como éstos?

¡Cuán bella aparece la dición *noche* en medio de los dos adjetivos calificantes de *callada* y *obscura*!

Para poetizar de este modo se necesita que nazca otro Francisco de Rioja, y esto es muy difícil, casi imposible. Aquí llega el ingenio, hasta donde puede, tocando los lejanos términos de las fuerzas intelectuales del hombre. Más allá están los ángeles y los serafines con sus no aprendidos arpegios, con sus coros deliciosísimos, con sus arpas de oro, con sus ebúrneas cítaras.

VI

Pero en medio de la grandeza y del reconocido mérito de esta creación asombrosa, le encuentro un ligero lunar en el *diré* con que em-

pieza la pregunta del verso sexto. Aunque soy bien enemigo, como lo tengo probado muchas veces, de tildar faltas en ningún escritor de fama y ménos en Rioja, *mi poeta favorito*, me parece, sin embargo, aquella voz trivial y prosáica é indigna de estar colocada en donde la vemos. Por lo demas, creo que esta graciosa silva será siempre una de las perlas que seguirán sosteniendo el alto renombre y la gloria augusta de nuestro Francisco de Rioja en los anales poéticos de España.

AL VERANO

I

Prescindiendo en esta silva de algun otro descuido de poca monta, es la mejor de Rioja. Nada hay en ella que el poeta filósofo no toque con exquisito tacto, con delicada maestría, conmoviendo aún á los corazones más indiferentes. ¡Cuánta dulzura en la versificación! ¡Cuánta armonía en las ideas! ¡Cuánto gusto en el estilo! ¡Cuánto tino en el plan! No parece sino que Rioja quiso inmortalizar el nombre de su amigo Fonseca, dejándolo envuelto entre las olorosas flores de la Primavera

y oreado por las mansas auras de esta estacion del año, tan recreadora y agradabilísima. Esta silva es, si no la mejor, una de las más excelentes del Tíbulu sevillano.

«Fonseca, yá las horas»

.
.
.

«¿Ha de lucir eterna la hermosura?»

II

La suavidad, la gala y la soltura que el *Cantor de las flores* hace campear en esta silva, son de un mérito extraordinario; pudiéndose asegurar que Rioja se excedió á sí mismo. Un pínecel tan delicado como filosófico va, con grave mesura, diseñando la belleza de la Primavera; de tal modo, que el lector casi huele las flores, oye el blando y lascivo murmurio de los arroyuelos y se transporta á la alegre estacion del año, tan cantada por los poetas de todas las naciones del mundo.

III

El plan de esta obrita es bellissimo, el objeto

noble, el desempeño admirable. Retirar á Fonseca de la vanidad del mundo, poniendo delante de sus ojos el acabamiento y el fin de todas las presecas con que la Primavera suele adornar sus sien- nes, y hacerlo de una manera tan magistral, estaba reservado á Rioja y al clasicismo. ¡Con cuánta paz el poeta pinta sus cuadros, reviste sus imágenes de ese *claro obscuro* balsámico, suave, deliciosísimo, de ese colorido atmosférico que todo lo llena de clara luz, de tranquila alegría! Para no deleitarse con esta silva, es menester ó estar privado de sensibilidad ó haber renegado completamente de los saludables principios del buen gusto.

Cuando no tuviera otro mérito más que el de representar dulcemente la brevedad de nuestra vida, valdria mucho á los ojos del concienzudo filósofo, del hombre pensador. Pero esta silva es inestimable por la belleza de sus pensamientos, la consonancia de sus números y la blandura de sus cortes.

«Y con luces más vivas y más puras»

.

«Frentes que desnudara el ciervo cano.»

Este trozo, además de su inmejorable construcción, es soberbio por la grandeza de sus imágenes.

«Al blando pié de sus parados rios.»

Verso lleno de robustez y muy bien entendido. Rioja tuvo esta facilidad. Hizo de cuando en cuando, en sus composiciones, metros magistrales, que forman la gran belleza de todas sus obras. El *Cantor de las flores* solió presentar entre las azucenas de una pradería, entre los lirios y las violetas de una vega, un lozano y empinado roble que, meciendo sus verdes ramas, llamase la atención del caminante hácia su altiva copa.

«Filomena, con voces acordadas,»

.

«Y en los prados amenos.»

La facilidad y la armonía de estos cuatro versos son de mucho mérito.

«Se oye sonar en los confusos senos.»

Verso bellísimo, y más todavía por el lugar donde se ve colocado. Se desliza, corriendo como el riachuelo entre juncias y espadañas.

«¿Á cuál vaga lazada de oro crespo:»

.
.

«Alguna flor divina.»

Manera delicadísima de expresar un pensamiento tan comun como éste. Tenía Rioja, para ennoblecer las ideas, para dar realce á las imáge-

nes, para dar vida á las situaciones, una facilidad prodigiosa, un superior talento.

«Ó florido verano»

.

«Para tiempo más triste y más severo.»

La belleza de este trozo, últimamente, casi excede á nuestras fuerzas intelectuales. Mientras poemita tan lindísimo siga enriqueciendo los delicados códices de la literatura sevillana, nadie, nadie podrá arrancar ni una hoja siquiera á la guirnalda poética, á la corona de mirtos que han puesto los siglos y los hombres sobre las pensadoras sien-
nes de Rioja.

Á LA RIQUEZA

I

En esta severa filípica contra la codicia nos enseña Rioja á no apreciar con idolatría la riqueza, que tanto trabajo cuesta adquirir, tantos desvelos aumentarla y tantas fatigas, para que no desaparezca al más ligero vaiven de la fortuna.

El mismo Horacio no hubiera presentado ideas tan bien concebidas, cuadros tan bien ejecutados como el *Cantor de las flores*. ¡Qué tersura en las

palabras, qué armonía en la versificación, qué galas en las imágenes, qué gravedad en las sentencias! Esta sola pieza fuera bastante para conquistar á cualquiera el nombre de poeta, harto vociferado, por desgracia, en nuestro triste siglo.

«¡O mal seguro bien! ¡O cuidadosal!»

.
.
.

«Los inmortales dioses te tuvieran.»

II

El alma se deleita, el corazon se ensancha, el oido se complace al escuchar cláusulas tan armoniosas y sonoras como las que, á cada paso, ostenta este bellissimo poemita. En él nada hay supérfluo; todo está en su verdadero lugar. Su lectura nos hace gemir, considerando lo poco que valen esos tesoros, que mueven tan cruda guerra en el pecho humano, que dan origen á enemistades y á disturbios y que son, en fin, la ruina, muchas veces, de los pueblos más poderosos del mundo.

FRAGMENTO

I

Este trozo es, en su género, de los más bellos que tenemos en toda nuestra rica literatura. ¡Lástima grande que no se haya conservado íntegra la hermosa composición épica de que debería formar parte! La grandeza de sus imágenes nos arrebató, sintiendo dentro de nuestro pecho una grande amargura, que ni el más refinado estoicismo puede sacudir. Presentar á los ojos del lector los bárbaros estragos del fuego, que lo mismo arrasa los altos palacios, fabricados de mármol y de pórfido, que las humildes chozas, formadas de paja y heno, es un pensamiento altamente poético y ternísimo. Rioja sabía dar á sus cuadros tintas, unas tan transparentes y otras tan oscuras, unas tan vivas y otras tan apagadas, que en estas cualidades ningún poeta español le ha aventajado.

II

Este fragmento original es una pieza de poc-

sía épica, un canto lastimero, un *¡ay!* del corazón, que traspasa el de los hombres generosos y sencillos.

En él, en fin, muestra Rioja á las claras sus buenas disposiciones para el género épico, y que bajo su lira tomaban interes los asuntos grandes y pequeños; dando á los unos y á los otros gusto y belleza con la suavidad de su rima, la frescura de su colorido, la lumbre de su ambiente y la severidad de su locucion poética.

AL JAZMIN

I

Esta primorosa silva, tan delicada como la flor que canta, no parece sino que está hecha por la misma Diosa de la selva. Su color cándido, su exquisita fragancia, su figura linda están retratadas al vivo con deliciosos pinceles en la obra del *Genio poético de la Andalucía*, como le llama con mucha justicia el Sr. Quintana.

II

Como el paisista estando á la falda de una

montaña, á la orilla de un arroyo ó dentro de una floresta, las bosqueja con desembarazo, Rioja, por precision, cuando escribia estas placenteras silvas, tuvo ante sus ojos las mismas flores que tan magistralmente dibuja. Si no hubiera sido así, jamas hubiera podido darles ese claro-oscuro indefinible, ese fresco ambiente, esa exactitud severa, ese dulce colorido que tanto y tanto las avaloran y las enaltecen.

III

El jazmin, por último, la rosa, el clavel y la arrebolera, que no hallaron cantores en las floridas márgenes del Tiber ni del Arno, en los bosquecillos perfumados del Eurotas ni del Peneos, vinieron á encontrarlo afortunadamente en las agostadas vegas del Guadalquivir, entre los *amarillos jaramagos* de la antigua Itálica.

Á LAS RUINAS DE ITÁLICA

CANCION (1)

I

Justamente es considerada esta poesía por una de las más ricas perlas de nuestro Parnaso. ¡Cuánto enaltece á nuestra literatura clásica esta canción pindárica! Ni Francia, ni Inglaterra, ni Alemania, ni la misma Italia, pueden presentar á los ojos del crítico entendido obra que le sobrepuje, ni siquiera que se le acerque.

Su lectura infunde en el ánimo un sentimiento de veneración y de entusiasmo, que la pluma más delicada apenas acertará á bosquejar groseramente. La memoria de Roma, de sus hijos esclarecidos y de los monumentos que aquella nación, tan inteligente como guerrera, tan elegante como fastuosa, supo levantar en todas partes, hacen derramar lágrimas de ternura. Quien no haya visto las ruinas de Itálica; quien no haya pisado macilento el suelo donde se levantaban los templos

(1) No ignora el autor de estos *Ensayos* cuanto recientemente se ha afirmado acerca de la paternidad de esta admirable Canción y de la no menos admirable Epístola á Fabio; pero, no obstante, seale permitido no contribuir á despojar á Francisco de Rioja de las que, á su juicio, son, en último término, obras suyas.

soberbios de los Dioses y los suntuosos palacios de los Césares, hoy *convertidos en zarzales y lagunas*, no puede formar una idea cabal de la lindeza de esta cancion elegiaca:

«Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,»

.
.
.

II

La ternísima exclamacion que en los primeros versos de este bello poemita prepara el ánimo del lector para considerar la nada de todas las cosas humanas, las grandezas de la tierra convertidas en polvo, tiene mucho efecto; llevando en sí misma estampada, con delicadeza exquisita, la más suave melancolía. Elevacion, número, tono, diction; todo en esta estanza es muy adecuado á los objetos que el poeta intenta describir. Puesto sobre aquellas tristes ruinas; pisando aquellos venerables destrozos, corre el poeta, sin tropiezo alguno, por todos los períodos históricos de Itálica, cual el bullicioso arroyuelo que, murmurando amores, serpea ligero por la resbaladiza pendiente de una montaña agostada.

Aquí contempla el *anfiteatro despedazado* donde crece el *amarillo jaramago*; allí, los deruidos palacios donde se alberga el *vil lagarto*; acá señala el suelo donde *rodaron de marfil y oro las cunas* de los Trajanos, de los Teodosios y de los Adrianos; allá, en fin, oye el tremendo eco de *cayó Itálica*, que en medio de la noche repite la gente religiosa y que vuelve la vecina selva. Todo, todo lo ejecuta sin fatiga y sin trabajo. Las mismas ruinas, que tiene presentes, lo elevan cuando lo necesita. La espontaneidad y la soltura de este poemita no tienen ejemplo en la literatura castellana.

III

Satisfecho, pues, el poeta de la contemplación que acaba de hacer, inmediatamente, por una transición bellísima, pasa á lozanear los lauros y las vicisitudes de Itálica. Nada, nada olvida digno de mencionarse. Sus calles, sus plazas, sus pórticos, sus templos, sus palacios, sus hijos esclarecidos tienen en este poemita un recuerdo tan digno como sabio, tan triste como lisonjero.

¡Qué entonación tan elevada tiene la estrofa que comienza:

«Aquí nació aquel rayo de la guerra!»

¡Cuánta filosofía y ternura la siguiente:

«Fabio, si tú no lloras, pon atenta!»

¡Qué valentía la que dice:

«Este despedazado anfiteatro!»

Preciso es haberse hallado en medio de aquellos lastimeros escombros para conocer toda la grandeza y la verdad de estas brillantísimas estrofas.

Las ruinas de Itálica, últimamente, como dice con tanto tino el Sr. Quintana, desaparecerán algún día de la haz de la tierra; su historia y sus hijos se olvidarán; pero este poema, que tan al vivo las diseña, seguirá eternamente siendo como hasta aquí el orgullo de la literatura española, el recreo de los aficionados á la poesía castellana y el florón más lozano de la corona épica del ilustre Francisco de Rioja.

SONETOS

I

¿Quién habrá en el mundo que al escuchar las poesías de Rioja no despierte en su alma el dormido sentimiento de la belleza y de la armonía? ¿Quién, si lee, por ejemplo, sus delicadas silvas, no buscará ansioso, aunque carezca de conocimientos botánicos, al clavel, á la rosa, al jazmin y á la arrebolera para estudiarlos y meditar sobre sus formas, sus colores y sus fragancias?

Habiéndose, pues, educado Rioja bajo los ciertos y severos principios de la buena literatura de los *Brocenses*, de los *Mal-Laras* y de los *Girones*; de aquella literatura clásica que, para eterno honor de nuestra España, floreció en ella en el feliz siglo décimosexto, pudo comunicar á sus trabajos esa belleza indefinible, esa valentía y frescura de colorido que los hacen tan lindos y agradables á la vista de los inteligentes.

Instruido á fondo en los preceptos y el espíritu de los clásicos griegos, y sobre todo de los grandes escritores latinos, logró imitarlos con desembarazo y maestría. ¿Qué es, por ventura, su

tan justamente celebrada epístola *Á Fabio*, sino un resúmen de la moral de Séneca, embellecido con los atavíos y las galas de la más pura y elegante poesía? ¿Podrá nadie leer sus bien contruidos tercetos sin acordarse vivamente de las sanas máximas del malhadado maestro de Neron; de aquel romano humilde que vió en su feroz discípulo su verdugo y su sacrificador?

II

Á LAYDA

«Aunque pisaras, Layda, la sedienta
Arena que en la Libia Apolo enciende»

.

¡Qué lindísimo es! ¡Con qué sabio tino y delicada maestría se halla escrito! El pensamiento está sacado de la famosa oda de Horacio: *Extremum Tanain si biberes, Lyce*. Pero el poeta sevillano es superior al latino en lo tierno de las imágenes y lo blando de los sentimientos. «Á la verdad, dice el Sr. Quintana, la imitacion no puede hacerse con más desembarazo ni perfeccion, mostrando á las claras el sobresaliente talento de Rioja.»

¡Cuánto sentimiento muestra el poeta por el enojo de su Layda! ¡Con qué imágenes, las unas

tan dulces, las otras tan severas, patentizando el dolor que lo abate, quiere ablandar el corazón de su amada! En poesía no se puede rogar más á una hermosa que lo que Rioja ruega á su Layda en este celebradísimo soneto.

III

Á AGLAYA

También este soneto es, en su género, una obrita modelo. ¡Qué sencillos, qué templados consejos da en él nuestro Rioja á la lindísima Aglaya! ¡Cuánta calma, cuánta sencillez, cuánta armonía respira en todos sus metros! Más parece escrito por un reflexivo y frío germano, que por un andaluz fogoso y vehemente.

IV

Á UNA VID

«Sube, frondosa vid, y en extendido»

: : : : : : : : : : :

«Este soneto, como ha dicho muy bien el señor Quintana, es un bellissimo idilio, que manifies-

ta el interes y la importancia que con sólo el lenguaje poético y el tono sentimental se puede dar á una idea simplísima y á un objeto poco importante.»

Nadie, como nuestro Rioja, ha sabido sacar gran partido y sabio resultado de las cosas de ménos valía. Así lo vemos siempre, con su rara fantasía y su exquisita dición poética, ennobleciendo á aquellos mismos objetos que, bajo la pluma de otro escritor, jamas salieran de su estado de indiferencia ó de olvido.

El pensamiento, la contextura y la ejecucion de este soneto lo salvarán de la muerte, como sucede á todas las producciones de Rioja. «Este inmortal ingenio sevillano, dice el referido Sr. Quintana, tiene la gloria de que lo poco que se conserva suyo sea siempre clásico y magistral.»

Busquemos, pues, á Rioja, al *Genio poético de la Andalucía*, como lo apellida el Sr. Quintana, cantando á las flores, elogiando la virtud, apostrofando el vicio, considerando, en fin, el sangriento estrago de los siglos, de las guerras y de las revoluciones sobre la suntuosidad de una famosa colonia, venturosa patria de sabios ilustres, de célebres guerreros y de Césares belicosos, que al presente yace sepultada bajo los piés de un humilde pueblecillo, y lo encontraremos en todas partes grande, tierno y filosófico.

Á FABIO

(EPÍSTOLA MORAL)

I

Esta es la mejor y más bien acabada obra de Francisco de Rioja, tanto por su mérito literario como por su mérito filosófico. El poeta escribe desde Sevilla á un amigo suyo, residente en Madrid, que no se sabe á punto fijo quién sería, aunque algunos juzgan que fuera D. Gaspar de Guzman, Conde de Olivares, Duque de Sanlúcar la Mayor, valido y Secretario universal del Rey Felipe IV, haciéndole ver la vanidad de los negocios de la corte, y convidándolo con la hermosura y la paz que ofrecen las risueñas orillas del Bétis y su antigua señora, *Romúlea*, reina de las ciudades.

Basada esta famosa epístola en la moral de Séneca, manifiesta en muchos lugares las máximas y los pensamientos de aquel docto cordobes, de aquel infortunado maestro de Neron. Nada hay en ella que no esté escrito con talento y con delicadeza. El plan no puede estar más bien conce-

bido, la ejecucion más bien desempeñada. «Por más que se encarezca el mérito de esta epístola, dice el Sr. Quintana, todo parece poco cuando, una vez leída, se consideran las bellezas que en sí tiene.»

Causa pasmo agradable á los inteligentes ver cómo el melancólico poeta sevillano Francisco de Rioja elogia la virtud y condena el vicio en esta admirable creacion; cómo hermana los símiles más fantásticos con las sentencias más severas; cómo une ó entalla los pensamientos más humildes y vulgares con la entonacion más clásica y elevada; cómo, en fin, sin rozarse con la hipérbole, levanta su lenguaje, á la manera que el viento hinche las velas de una nave, sin arrebatarnos por eso su natural flexibilidad. Nada hay de más en esta celeberrima composicion; nada hay de ménos. Todo en ella se encuentra colocado con elegancia, con gusto, con inteligencia. Considerándola en su totalidad, el crítico no podrá ménos que valuarla por inapreciable, por una de las más exquisitas producciones del espíritu humano. Tal la han juzgado muchos humanistas; tal la juzga el sabio señor Quintana; tal, en fin, aunque mi voto sea debilísimo, la he juzgado yo siempre. Por esto, desde mi infancia, la sé entera de memoria.

En materias literarias nada hay comparable á la sabrosa lectura de esta epístola. Cada trozo,

cada terceto, cada pensamiento, cada frase la enriquecen más y más. Alegra el corazón, dilata el ánimo y robustece el buen gusto de los verdaderos inteligentes. En ella legó á la posteridad su alto nombre el gran pensador sevillano. La apacibilidad de sus ideas, la galanura de sus imágenes, el movimiento de sus cuadros son inestimables, sobrepujando á todo encarecimiento. Si un terceto sorprende por la imagen, el otro por la filosofía; éste por el símil, aquél por la rima. ¡Cuánta donosura supo aglomerar aquí Rioja, cuánta limpieza, cuánta pulcritud! El mismo Aristarco, si la hubiera conocido, la hubiera alabado con entusiasmo.

Parece imposible, y casi sobrenatural, que viviendo Francisco de Rioja en el mismo siglo y tratando á Góngora, á Quevedo y á otros muchos mal avenidos ingenios, los cuales afeaban la lengua de Manrique y de Mal-Lara con palabras hinchadas ó cultas, el pensamiento con retruécanos mal sonantes, la locucion con metáforas atrevidas é insensatas, y que, llevando más allá todavía su orgullo literario, clavaban en el ancho campo de las buenas letras españolas la negra bandera de una escuela nueva, bastarda y anárquica, que pasará á las más remotas edades como modelo de ligereza, de oscuridad y de mal gusto, pudiera haberse hecho superior á los instintos, á

las opiniones y á las doctrinas de su época; sirviendo en ella, y en las que despues han venido, como la más segura norma, el más claro norte para los prosistas castizos, para los poetas delicados. Esta dulce gloria, nadie sino Rioja la ha tenido hasta el dia, ni tal vez la tendrá en lo venidero.

Causas desconocidas pudieron influir en el ánimo de Rioja para no contagiarse con el virus literario de su tiempo. Yo creo, y me parece acertar, que los buenos estudios y los rectos principios recibidos de los discípulos del docto maestro Diego de Giron lo salvaron felizmente de aquel general contagio.

Acostumbrado Rioja desde su niñez á seguir las eternas verdades de la Escuela clásica, no quiso nunca prestar oídos á las seductoras ponzoñosas ilusiones del *gongorismo*, las cuales se disipan con la misma ligereza que la neblina de los prados al bañarla el sol de la mañana. Este fué, en mi débil juicio, el motivo cierto porque Rioja no se inficionó nunca con el mal gusto ni con la áspera gerigonza de su siglo. Floreció como la fragante y encendida rosa en medio de los cardos y de los espinos de los desiertos arenales. Por esto es mayor su mérito, mayor su gloria, mayor su celebridad.

II

Vamos ya á considerar el primer trozo de esta famosa suprema poesía.

«Fabio, las esperanzas cortesanas,»

.
.

«El ídolo á quien haces sacrificios.»

Cada terceto de este notable trozo ofrece al crítico motivos nuevos de aplausos y de placer. Para juzgarlo bien se necesitaria escribir un libro entero, quizá más voluminoso todavía que el que escribió el divino *Cantor de Eliodora*, Fernando de Herrera, anotando las obras poéticas de Garcilaso.

Los primeros tercetos de esta carta forman, como se ha visto, una exactísima pintura de las cortes, bosquejada con tan insinuantes, transparentes y verdaderas tintas, que el hombre más aficionado al bullicio y á la confusion de las ciudades, residencia de los reyes, deseará salir para siempre de ellas, buscando ansioso un oscuro tranquilo rincón donde vivir sin fatiga ni cansancio.

El poeta, que moraba entónces dentro de los muros de Sevilla, su patria, tan pintoresca y pa-

cífica en aquellos tiempos envidiables, escribe á su amigo Fabio con toda la dignidad y entusiasmo de un corazón tranquilo y una conciencia depurada. Jamás Horacio se mostró más grave; jamás el grande Horacio tomó un tono tan respetable y sentencioso, como en su famosa oda *Beatus ille*.

Apénas habrá un terceto siquiera en este soberbio trozo que no merezca ponerse por modelo en su género. Pero, en obsequio de la brevedad, presentaré uno de los más sobresalientes. Hablando de los reveses de la fortuna, de la inconstancia de esta divinidad caprichosa, llamándola muy atinadamente *invasion terrible é importuna de contrarios sucesos*, prosigue:

«Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Bétis cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.»

Simil delicadísimo, de reconocida verdad y de grande efecto, que complace el ánimo y el oído.

Cualquiera que se encuentre en Sevilla cuando el majestuoso Guadalquivir, en la estación de las lluvias, saliendo de su hondo cauce, extiende sus aguas turbulentas hasta los lejanos montes, conocerá toda la bella exactitud de este símil inestimable.

Es bien glorioso para Rioja haber embellecido todo lo que ha tratado. Si ensalza la virtud, si apostrofa al vicio, si canta las flores, si llora las

ruinas, siempre, con fino tacto, lo vemos levantarse á la altura de los ingenios originales. Para él nada hay terreno; nada hay prosáico. Todo es inspirador; todo es poético. La misma moral, de suyo tan enjuta y severa, se viste, bajo las cuerdas de su lira, de lirios, de rosas y de jazmines; y, engalanada de esta manera, produce las ilusiones del poeta, las delicias del literato.

En nada inferiores al terceto arriba analizado son los que comienzan: *Aquel entre los héroes, Peculio propio, Vén y reposa, Busca, pues, el sosiego, Más precia el ruiseñor y Que agradar lisongero*. Los dos primeros indican bien que en España, por desgracia, todo lo ha hecho, como hoy, el valimiento y el favoritismo, sin atender jamás al mérito ni á la virtud. El lunar que, por la trasposicion del calificativo *aprisionado*, han creído encontrar en el último algunos modernos censurantes, es tan imperceptible, que no merece siquiera apuntarse.

III

El segundo trozo está salpicado de imágenes tan preciosas, de sentencias morales tan lastimeras, que juzgo sea el mejor de toda la epístola.

El encadenamiento de las ideas y la gradacion de las situaciones de este sublime trozo nada dejan que desear. El más descontentadizo literato hallará en su conjunto una creacion encantadora é intachable. Sus partes separadas, su todo junto, forman esa pompa que seduce, esa gala que arrebatata, ese idealismo que aturde en los trabajos clásicos de los grandes talentos. Los cuadros de Rafael, de Murillo y de Ticiano; los edificios de Paladio, de Vitrubio y de Herrera, vistos en masa ó en pormenores, enamoran y deleitan: las poesías de Virgilio, de Horacio y del Maestro Leon, completas ó en partes, han sido y serán eternamente las delicias del género humano. ¡Tal es el noble atractivo, la excelencia de la perfeccion en todas las Bellas artes!

«Iguala con la vida el pensamiento»

.

«Y la luz vuelve á arder, que estaba muerta.»

Si la belleza poética consiste en llevar al lector de una imágen tierna á una idea delicada, de un símil agradable á un pensamiento insinuante, este trozo siempre será un exquisito modelo, mientras los hombres hagan buen uso de su razon y de su criterio. ¡Quién no se deja arrebatar por la magia de este trozo incomparable! ¡Quién no admira ese raudal de encantos, ese torrente de place-

res que, saltando majestuoso el duro valladar de la rima, y rompiendo la apretada ligadura del consonante, corre desatado, cual un gran río por la llanura de las vegas! ¡Mal haya aquel que, al oír este fragmento sobrehumano, permanezca frío é insensible, como la añosa encina al aura regalada y juguetona que besa sus ramas y sus pimpollos!

«Iguala con la vida el pensamiento,
Y no te pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.»

¡Cuánta filosofía cristiana tiene la sentencia moral que abraza este lindísimo terceto, cuánto interés, cuánto entusiasmo! El poeta lo dirige á los ambiciosos y á los soberbios, que siempre cuentan con *mañana*, sin saber si ántes que llegue, la muerte los arrebatará repentinamente de la superficie de la tierra para lanzarlos en el sepulcro; á los grandes del mundo que, sin tener seguro un día de vida, comienzan á erigir palacios colosales, para cuya fábrica se necesitan muchos y muchos años.

Pero toda la mágica sensación que produce en nuestro ánimo la lectura de este terceto se amortigua y se borra del todo con la del siguiente:

«Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, y ¿esperas?
¡Oh error perpétuo de la suerte humana!»

Prueba melancólica, hermosísima, sublime é inmejorable, que sacia el alma, levantándola á la más noble y alta contemplacion.

Cualquiera que se haya encontrado en medio de las sombrías ruinas de la antigua Itálica; cualquiera que haya pisado los escombros lastimosos de la colonia de Scipion, la perla de la Bética, conocerá toda la exactitud y todo el mérito de esta sublime muestra. Itálica desapareció de la haz de la tierra. Itálica, poderosa, yace convertida en polvo. Los templos de sus dioses, los palacios de sus Césares, los arcos de sus héroes, las estatuas de sus poetas y de sus artífices se hundieron yá en el abismo. Y ¿quién, á la vista de leccion tan grande y terrible, pensará no caer? ¿Quién no pensará morir? ¿Quién esperará? ¡Oh grave error, ay, siempre, siempre perseguirás al linaje humano!

Al concluir el crítico la lectura de este prodigioso terceto, le parece que la poesía ha agotado yá todos sus ricos recursos. Pero ¡cuánto es su pasmo al considerar los dos siguientes!

«Las enseñas grecianas, las banderas
Del Senado y romana monarquía
Murieron y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida más que un breve día
Do, apénas nace el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?»

Hasta aquí puede llegar la grandeza del pen-

samiento poético; hasta aquí puede llegar la grandeza de la locucion métrica. Moralizando, versificar de esta manera, estaba reservado únicamente á nuestro Rioja. ¡Cisne melancólico del Bétis, gloria deliciosa de Sevilla, cuándo acabará tu memoria!

La gravedad de las costumbres, la austeridad de los principios morales en el laud de Rioja forman arpeggios sensibilísimos, notas magistrales, sonidos melancólicos, los cuales van á perderse en el fondo de nuestros corazones. Por esto lo vemos amenizar todo lo que cae bajo su delicado número.

¡Cuánta belleza tiene el terceto que sigue, en el cual, valiéndose de una elegante comparacion, presenta materialmente á nuestros ojos la brevedad de la vida!

«Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.»

Parece una ampliacion ó epílogo del ya citado, *¿Qué es nuestra vida más que un breve día...?* Pero en éste hay más vigor, hay más jugo, hay más sentimiento. Jorge Manrique, en aquellas antiguas célebres coplas elegiacas dirigidas á la muerte de su ilustre padre, hablando del mismo asunto, dice:

«Nuestras vidas son los rios,
Que van á dar en la mar,
Que es el morir:

Allí van los señorios,
Derechos á se acabar
Y consumir.»

Seguramente nuestro Rioja tomó de Manrique el pensamiento. Pero ¡cuánta diferencia hay entre su terceto y la endecha de aquel famoso poeta castellano! Rioja, sobre ser más ardiente y vigoroso que Manrique, sensibiliza más el pensamiento, concretándolo en su misma persona, miéntras Manrique lo espiritualiza más, dilatándolo á todos los grandes señores de la tierra. Rioja es más severo: Manrique más galano. Rioja es más insinuante: Manrique más filósofo.

¡Cuánto sabor clásico tiene este bellissimo terceto!

«Pasáronse las flores del verano;
El otoño pasó con sus racimos;
Pasó el invierno con sus nieves cano.»

Jamás se han encerrado las cuatro estaciones del año en un círculo tan estrecho y delicioso. *Las flores del verano*, tomado tambien por la primavera, *los racimos del otoño* y *las nieves del invierno*, esos tres toques magistrales, dan al pensamiento todo el atavío y toda la verdad que necesita para embellecerlo.

¡Cuán filosóficos son estos tres esmeradísimos modelos de dulzura, de facilidad y de armonía! ¡De cuánto entusiasmo, de cuánta dignidad,

de cuánto ornato vénse llenos, se miran adornados!

«¿Piensas acaso tú que fué criado
El varon para el rayo de la guerra,
Para sulcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡O! quien así lo entiende, cuánto yerra!
Esta nuestra porcion alta y divina
Á mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina.»

Eminente leccion, digna de Rioja, en cuyo noble pecho ardía el vigoroso fuego de la piedad de nuestros padres. Leccion digna de un poeta que rechazaba abierta y completamente la indiferencia y el escepticismo religiosos, perdicion segura de los mejores ingenios y gangrena pestilente y roedora de las naciones modernas. ¿Acaso, pregunta muy bien el pensador sevillano, es el hombre tan material que su mision en este mundo se reduzca á llevar en la mano la asoladora tea de la guerra, á sulcar los procelosos mares, á medir los extremos de la tierra ó el círculo donde el sol siempre camina? ¡Ay, qué error tan grande! El hombre es llamado á una vida más perfecta y gloriosa, y á hechos más hidalgos y eternos. Su destino es más sagrado. Su razon, alta y divina, no puede nunca revolcarse en los lodazales del mundo. El cielo que ante sus ojos mira abierto, desde la cuna, es

su término feliz; término que satisface sus ideas; término que sacia sus necesidades; término que lisonjea su mismo orgullo. Para subir á sus alturas esplendorosas fué engendrado únicamente en el amoroso vientre de su madre. Para que se acabe la tenebrosa noche de la vida y venga el día clarísimo de la eternidad fué lanzado al mundo.

IV

Si en los dos trozos anteriores se ha visto á Rioja *grande*, en el tercero lo vamos á ver *delicadísimo*. El trozo tercero, no ménos admirable que los dos antecedentes, mírase salpicado de suaves y deliciosas imágenes y de bellísimas descripciones. En él nuestro Rioja apuró su tacto exquisito, su delicada manera de sentir. Nunca, versificando sobre la adusta moral, se han pintado cuadros de dibujo tan correcto, de colorido tan lozano, ni de tan vigorosa entonación. Nunca, en poesía, se ha escrito con más gravedad y belleza al mismo tiempo.

«Quiero, Fabio, seguir á quien me llama»

.

«De doblados metales fabricada.»

La modestia ha sido siempre la dulce divisa de los buenos ingenios. La humildad ha sido siempre el noble distintivo de los verdaderos sabios. El amor á sus amigos ó á sus compañeros, en aficiones literarias, ha sido siempre el honroso blason de los escritores insignes. La historia de todas las naciones y de todos los siglos así nos lo enseña.

«Quiero, Fabio, seguir á quien me llama
Y callado pasar entre la gente:
Que no afecto los nombres, ni la fama.»

En este hermosísimo terceto retrata muy bien nuestro Rioja su carácter templado, su pacífica índole. Desea pasar confundido en el mundo, despreciando los nombres y la fama, los cuales tanto desvelan y enloquecen á otros espíritus ménos privilegiados que el suyo. Quiere vivir en el retiro del sabio, en esa deliciosa oscuridad, en ese blando recogimiento que contenta el corazón y engrandece el ánimo. Como las ocultas y odoríferas flores de los valles, ignoradas de los hombres, desea Rioja pasar su vida. ¡Admirable modestia, maravillosa abnegación, no comunes, por desgracia, en nuestra época!

El maestro Fray Luis de Leon escribió al mismo asunto la magnífica oda intitulada *La Soledad*, en la que derramó á manos llenas aquel vate dulcísimo las guirnaldas olorosas de la poesía y los mansos sentimientos de su corazón.

Á poco llegan los dos tercetos de más expresión y de más ternura que avaloran á esta epístola incomparable. El primero es un melancólico, terrible anatema contra los ambiciosos del mundo, los cuales, en repetidas ocasiones, exponiendo sus vidas, van en frágil navecilla á buscar el oro y la plata á países y á climas remotísimos donde, las más veces, encuentran la muerte entre las agonías de la miseria y del desamparo. El segundo, que ha servido de texto á composiciones de algunos castizos escritores, una dulce enseñanza para no desear lo supérfluo, sino lo agradable, lo útil y lo necesario. El tono sentimental, el colorido clásico de estos dos tercetos son incalificables. Para hacerlos mejores, sería preciso que salieran de las doradas arpas de los ángeles ó de los salterios ebúrneos de los serafines. El hombre no puede alcanzar más.

«¡Pobre de aquel, que corre y se dilata,
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas, ni pesares.»

Cuando se acaban de leer estos dos tiernos, suaves y magníficos tercetos, cuya contextura es inmejorable, nuestro corazón queda como extasiado, lleno de jugosa frescura y de blando entusias-

mo. Nada, escrito en rima, de todo lo que se conoce, nos hace tanto efecto ni nos produce tanta sensacion, porque nada nos puede tocar más de cerca.

Mucha fuerza de imaginacion y de elegancia, mucho tino filosófico tienen estos tres:

«No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duracion de todo á su talento.

Flor la vimos primero, hermosa y pura;
Luégo, materia acerba y desabrida;
Y, perfecta despues, dulce y madura.

Tal la humana prudencia es bien que mida
Y dispense y comparta las acciones,
Que han de ser compañeras de la vida.»

La exactísima comparacion de la *fruta* con la *prudencia humana* es tan difícil y original, que solamente el ingenioso *Cantor de las flores* podría concebirla y bosquejarla con el magistral pincel que lo hace. La excelente gradacion botánica del segundo terceto, por su nobleza y por su índole, muestra á las claras los conocimientos poético-agrícolas y las observaciones rústicas del gran pensador sevillano.

«No quiera Dios que imite estos varones
Que moran nuestras plazas, macilentos,
De la virtud infames histriones;

Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos.»

Tremendo anatema contra los farsantes y los hombres que viven de los veleidosos é inseguros vítores del vulgo. Sus entrañas son, como dice muy acertadamente nuestro Rioja, *infectos y oscuros monumentos*. Así se caracteriza, con verdadera exactitud, á esa gente gárrula é histriónica, que divierte y hace reir á la estúpida muchedumbre en los espectáculos públicos y en las funciones mundanas.

Modelo perfectísimo de fluidez y de número, muestra acabadísima de la estructura del período poético castellano, son los dos tercetos que siguen:

«¡Cuán callada qué pasa las montañas
El aura respirando mansamente;
Qué garrula y sonante por las cañas:
Qué muda la virtud por el prudente;
Qué redundante y llena de rüido
Por el vano, ambicioso y aparente!»

La diccion, el tono, la mansedumbre y el fin de estos arrogantes tercetos son inmejorables. Ellos forman una terrible filípica contra esos hombres presumidos que, ya en el campo de la moral, ya en el de las letras, ya en el de las artes, quieren sostener necias pretensiones ó arrogancias risibles. El poeta, cuando los hizo, debería quedar contento y satisfecho de sí mismo. La imaginacion más filosófica no puede escribir otros mejores, ni que se

les parezcan. ¡Dichoso el varon que, dedicado á tareas literarias, puede hacer obras tan llenas de grandeza y de sublimidad! Para él, y solamente para él, labran las Musas coronas de jazmines y de amarantos. Para él, y solamente para él, teje el Castalio Coro guirnaldas de rosas y de azucenas!

«Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres sólo á los mejores,
Sin presumir de roto ó mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.»

El plausible concepto de estos gallardos y bien contruidos tercetos es el mismo, aunque más generalizado, que el del principio de este trozo: *Quiero, Fabio, seguir á quien me llama*. Rioja no quiere vestirse de las preseas y de las joyas de los ricos; quiere el vestido honesto del pueblo, donde no resplandece el oro ni los colores. Rioja, el melancólico *Cantor de la rosa*, del *jazmin* y de la *arrebolera*, quiere tener un estilo tan moderado, que no lo note quien lo vea dentro de su domicilio ni quien lo encuentre en las calles ó en los campos. ¡Moderacion sublime! ¡Santísima templanza!

V

Llegamos yá al trozo final de esta valiente epístola. En él, tomando Rioja un tono más íntimo y sencillo, hace á su amigo Fabio una especie de resúmen de todo lo que le lleva expuesto, valiéndose para ello de las más morales patéticas comparaciones. Aquí todo es digno, todo es sentimental, todo es filosófico.

«Así, Fabio, me muestra descubierta»

.

«Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.»

Bellísimos toques clásicos tienen éstos tres tercetos:

«¿Es por ventura ménos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿es ménos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte.

¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?»

¡Cuánta fuerza de filosofía y de convencimiento resalta en los dos primeros! ¿Es acaso, pregunta

el pensador sevillano, ménos fuerte la virtud que el vicio? Nó, contesta. Si la codicia, prosigue, se arroja al mar, la ira á las espadas y la ambicion se rie de la muerte, las virtudes santas y poderosas búrlanse manifiestamente de aquellos tres vicios capitales de la flaqueza humana. Ayudadas las virtudes de más ilustres genios, acometen gigantes empresas, propias de los ángeles, y las ven acabadas en poco tiempo.

«Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé: rompí los lazos:
Vén, y verás al alto fin que aspiro,
Ántes que el tiempo muera en nuestros brazos.»

Sublime á par que ternísima despedida forman los versos de este cuarteto. En él renuncia Rioja á todo lo que amó en el mundo, retirándose hasta de los más simples placeres seculares. Aquí acaba la poesía de la tierra y comienza la del cielo.

«Vén, y verás al alto fin que aspiro,»

Cualquiera que medite sobre el ruidoso boato y la ostentosa elegancia de los personajes de la ilustrada corte del rey poeta Felipe IV, conocerá todo el mérito de este verso. Vén, dice á su amigo Fabio, y verás á lo que aspiro. Vén, y conocerás la alteza de mis deseos. Ya, para mí, todo lo mundano es polvo y ceniza. Ya nada valen, á mis ojos,

los encantos de la corte, el lujo de los palacios, ni la pompa misma de los tronos. Yo aspiro ya á un fin mucho más alto y eterno; á un destino mucho más honroso y durable, y espero merecerlo y conseguirlo

«Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.»

Imágen nobilísima, arrogante pensamiento, soberbia pincelada, muy dignas, por cierto, de cerrar este grandioso cuadro, que tiene toda la valentía de Correggio, el dibujo de Rafael y el colorido de Ticiano.

Si la gloria, en fin, de los grandes escritores consiste en que la desapasionada posteridad respete y aplauda sus obras; si consiste en que todas las naciones y todos los siglos convengan unánimes en la excelencia de ellas, Rioja debe pertenecer á aquel pequeño número; pues las suyas, desde que vieron la luz pública, han sido siempre el halago de los poetas y el recreo de los sabios de todos los pueblos del mundo.

NOTAS

En todas mis laboriosas investigaciones literario-artísticas no he hallado el ilustre nombre de Rioja sino en los siguientes desconocidos lugares. La mano de Dios lo ha ocultado para darle más realce, mayor gloria, como á los de Fernando de Herrera, Juan de Mal-Lara, Diego de Giron, Fernando de Cangas, Luis de Vargas, Gerónimo Hernandez y otros grandes literatos y artífices.

En el libro 1.º de Cuentas de Clavería del convento de monjas de San Clemente el Real, al fóllo 83, hay este asiento:

N. 99—102

Joan Lopez Caudalero de Yezo, casas a Tributo perpétuo á espaldas de san Benito de Calatraba q.º fueron del Inquisidor Arrioja (debe decir Rioja) cada año dos mill m.º car-ganze quatro años a fin de Disiem de 1707.— 8000

En estas casas-jardin escribió Rioja sus inimitables silvas.

En el libro protocolo de las monjas de Santa María de Gracia de Sevilla, hablando de la Hacienda de Prima, término de Alcalá de Guadaira, cerca del arroyo de San Juan, junto al camino Real de la Armada, al fóllo 134 vuelto, donde se trata del concurso de acreedores que

se formó á los bienes de D.^a Antonia de la Vega, viuda de D. Antonio Lopez Velazquez, al fin de la plana, en párrafo aparte, dice:

Despues de lo qual el S.^r D.ⁿ Fran.^{co} de Rioja del Cons.^o de la Sup.^{ma} y Grál Inquisicion: el R. P. Fr. Pedro de Jesus de la Ss.^{ma} Trin.^a y D.^a Melchora de Cortázar viuda del referido Juan Asain Ugalde su única heredera vendieron la dha Haz.^{da} á D.ⁿ Diego de Jalon, vecino y 24 de Sevilla, por escritura de venta que pasó ante Juan Rodriguez de Loaisa en 29 de Diciembre de 1646.

Revista de Ciencias, Literatura y Artes.—Año 1856.
—Tom. III, pág. 223:

(1) Entre las partidas de bautismo

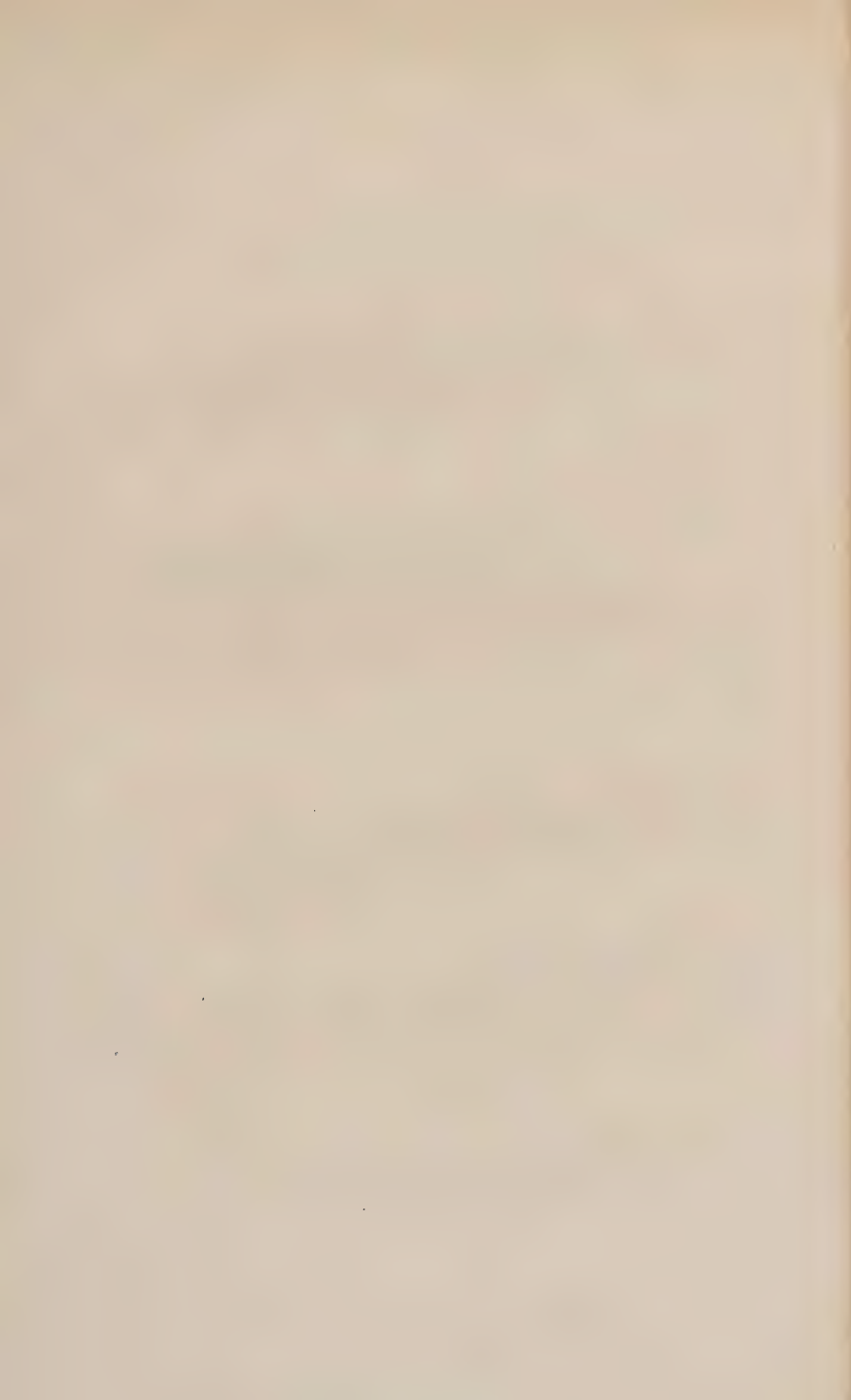
V. En el mismo libro 1.^o (de bautismos de la parroquia de Santa Marina). al folio 354, hay ésta: «En veinte y tres dias del mes de Julio de seiscientos y tres años baptizé yo el Bllr Blas de Estepa cura desta Iglesia de Sta. Marina desta ciudad de S.^a á Luisa hija de la Iglesia fue su padrino Francisco de Rioja estudiante vecino de Omnium Sanctorum fecho ut supra =El Bllr Blas de Estepa cura.

Entre los papeles del convento de la Santísima Trinidad de Sevilla, tratándose en 1644 de los varios bienes y fincas que pagaban tributos al Fisco de la Inquisicion de esta ciudad, se lee éste:

Item otro tributo perpetuo de tres mil maravedis de renta en cada un año que paga el Señor Don Fran.^{co} de rioja inquisidor apostolico de esta inquisicion de sev.^a sobre casas en la collacion de omniu^a santoru 3000.



CARTAS LITERARIAS



Á TEODORÓ DE VILLALPANDO

SABIO ERUDITO

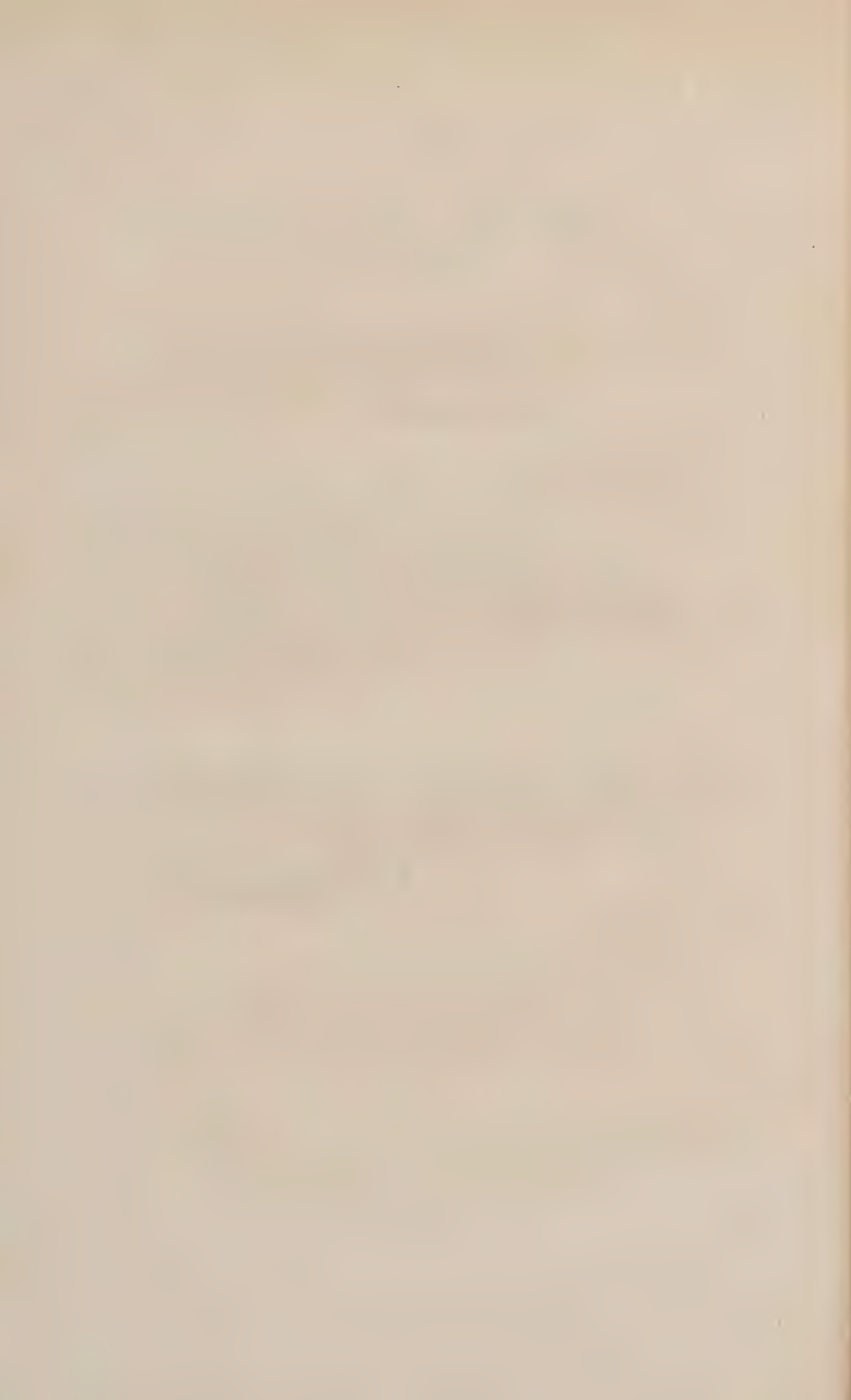
Sevilla, 26 de Agosto de 1872.

Mi querido Teodoro: Aún no habia yo tenido el gusto de conocerte bajo los techos del **Paular**, ni sobre las ruinas de **Britablum**, cuando, quizá con cierto atrevimiento, con cierta osadía, escribí, hace cuarenta años, estos pobres ensayos, que ahora te dedico.

Tal vez en ellos encontrarás alguna cosa digna de tí, con lo que me daré por muy contento.

Recíbelos con tu natural benevolencia, y mira en ellos, nó á un preceptista, sino á tu amigo

Antonio Gomez Azeves.



I

LA DÉCIMA

Mi querido Teodoro: Contra todo mi gusto, por desear que te hable de las principales clases de composiciones poéticas, me vas á hacer preceptista, publicando estas humildes cartas, que escribí en mi juventud. Jamás hubiera yo tomado la pluma en mi mano para empresa tan ardua, de la que te confieso sinceramente no saldré con lucimiento.

Pero la cordial estimacion que hace años nos une; esa estimacion que halagó muchas veces nuestras aficiones literarias; esa estimacion, en fin, que nunca ni la ausencia, ni los años, ni las desventuras han resfriado en nuestros corazones, es el único estímulo, el solo respeto que podrian vencer mi temor y mi recato.

Voy, pues, á complacerte, comenzando por la décima.

La décima ó *espinela*, llamada así por su autor, el célebre censurante Vicente Espinel, natural de Ronda, es una composicion graciosa, lozana,

que, aunque bastante vulgarizada, no ha perdido por eso ni su donaire ni su mérito. Su sencillez y su índole la hacen agradable á todas las inteligencias. Nuestra Literatura posee algunas de reconocida belleza.

Las buenas espinelas, apesar de que este género de poesía lo han tratado muchos ignorantes, no por eso dejan de tener grandes atractivos. Su pensamiento, sutileza y consonancia les dan ese colorido vago, esa fugaz fantasía que, en el enardecimiento del poeta, tanto nos deleitan y nos conmueven.

Las espinelas, en fin, como altamente castellanas, son nobles, graves y severas, participando del gracejo y de la sensibilidad de la hidalga tierra en que nacieron.

II

EL ROMANCE

Mi querido Teodoro: El noble y caballeresco romance tuvo su nacimiento en España. Su textura, su tono y su hidalguía no dejan la menor duda de su origen. Es español: es nuestro hermano. Tiene nuestro carácter, nuestra índole, nuestro temple. Nunca ha salido de entre nos-

otros. Vive y vivirá eternamente con nosotros y para nosotros. ¡Pobre del romance si, emigrando del suelo castellano, fuera á domiciliarse en cualquier nacion extraña! ¡Todo, todo lo perderia en ella, no quedándole nada de su primitiva belleza ni de su nativa lozanía!

No tienen cuenta los buenos, selectos romances que enriquecen la Literatura española. Infinitos son los que realzan el Parnaso castellano. Por esto no puedo dar, como quisiera, una noticia analítica de todos ellos, sino ligeros apuntes y breves reseñas.

El *Romancero general* es un riquísimo repertorio de piezas escogidas, donde se pueden estudiar, con mucho provecho, la índole, la rima y la galana verdadera entonación del romance castellano. Allí no hay espinos, todos son lirios. Allí no hay ortigas, todas son rosas. Allí no hay fealdades, todas son bellezas. Entre las azucenas que adornan á aquel preciosísimo ramo de nuestras flores literarias se cuentan los romances festivos del Dr. Juan de Salinas, docto sevillano y sacerdote virtuoso.

El romance ha ensayado, con gran fruto, todos los géneros de poesía. El heróico, el elegiaco, el descriptivo, el bucólico, el amoroso, el burlesco, el satírico han encontrado en él ancho campo para desplegar sus bellezas y sus gracias. Ábran-

se, si no, las obras de Góngora, de Quevedo, de Esquilache, de los Moratines, de Cienfuegos, de Melendez y de otros buenos poetas, y se hallará, á poco trabajo, donde deleitarse y satisfacerse.

Pero entre los muchos distinguidos escritores españoles que trataron con maestría del noble romance, ninguno lo hizo como Góngora, apellidado justamente *El Príncipe del romance castellano*. Aquel privilegiado cordobés, aquel vate celebér-rimo, soberbio fundador de la *escuela culta*, lo llevó á un grado de hermosura que el oído se deleita, el corazón se enardece, el alma se enajena y todas las facultades del entendimiento humano se llenan de placer y de alegría. El de *Angélica y Medoro*, que comienza

/ guerra «En un pastoral albergue,
Que la ~~luz~~ entre unos robles
Lo dejó por escondido,
Ó lo perdonó por pobre,»

llamado para siempre el Rey de los romances castellanos, ha circundado las brillantes sienes de Góngora de los envidiables laureles del triunfo.

Nada le falta á aquel bellísimo romance para ser el mejor del Parnaso español. Su lectura nos llena de ese blando sentimiento, de esa dulce alegría que solamente pueden comunicarnos las grandes obras del ingenio humano. ¡Cuánto padece nuestro espíritu cuando compara su galanura con

las fealdades que producen los malos poetas de nuestros días! ¡Cuánto padece nuestra alma cuando compara sus lindezas con las bagatelas que escriben los autorcillos de esta pobre época!

Si no fuera por extenderme hasta lo infinito, presentaría algunos romances jocosos de Quevedo y varios líricos de Melendez. Ambos escritores, muy sobresalientes en esta clase de poesía, son dignísimos de la esmerada atención de los amantes de las Musas castellanas. El primero lleno de ingenio y de valentía, el segundo de nervio y de entusiasmo, lograron remontarse á una gloriosa altura, donde no alcanzan nunca los talentos vulgares, donde no llegan jamás las medianías. Gigantes, se encumbraron; gigantes, se sostuvieron; gigantes, se eternizaron.

El romance, sea del género que fuere, deberá estar basado en el estudio y en la meditación. No puede, de consiguiente, ser obra del momento fugaz ni del rápido entusiasmo. Reclama sosiego, pide calma, necesita tranquilidad. Su plan debe ser sencillo; sus pensamientos, nobles; sus imágenes, pintorescas; su colorido, suave; su versificación, fluida; su tono, robusto. Sin estas precisas cualidades no podrá ménos de resentirse de prosaismo, que es el vicio lamentable de que adolecen, en algunos lugares, casi todos nuestros buenos romances.

Estos son, pues, los preceptos de más bulto para el noble romance español. Estas son las principales reglas para el buen romance castellano. Cualquiera que acometa la áspera empresa de componerlos, que las estudie con cuidado, que las medite con madurez, que las revise con detencion, si no quiere perderse, si no quiere precipitarse en un escabroso abismo.

III

LA CANTILENA

Mi querido Teodoro: La cantilena ó anacreónica resalta por su amoroso movimiento y travesura, por su gracia y suavidad, entre todas las especies de composiciones poéticas.

Mucho ántes de que el tierno Anacreonte, fijando el gusto, el estilo y el tono de la cantilena, juntara, allá en la antigua Grecia, las comparsas de zagalas para ensayarla; mucho ántes de que aquel vate melífluo, coronado de amarantos, de rosas y de siemprevivas, pulsase las cuerdas de su lira, yá habian otros, con ménos fortuna, acometido la misma empresa. Es ciertamente una desgracia que sus nombres no hayan llegado hasta nosotros. Ciertamente es un infortunio que sus

escritos hayan fenecido en los vaivenes de los tiempos, de las revoluciones y de la ignorancia. Semejante pérdida será llorada por todos los amantes del buen gusto y de la literatura ática.

La anacreóntica es una composicion ligera, amorosa, alegre, festiva y juguetona, que nunca debe remontarse al estilo sublime, porque entónces, despojándose de sus sencillas galas, careceria del gracejo y del colorido aéreo y trasparente que tanto la avaloran, que tanto la enriquecen. Dedicada á pintar los inocentes amores de la infancia; dirigida únicamente á representar al vivo las blandas y fugaces pasiones de la primavera de nuestra vida, debe tener espontaneidad y ligereza, sin cuyas dos cualidades no podrá nunca sostenerse ni tolerarse. Como fiel expresion de los primeros años del hombre, corre festiva y juguetona, á la manera de los surgideros que, brotados de las montañas, van á serpentear sonantes y lascivos entre las flores de la pradera. Representar las pasiones juveniles, cantar los inocentes amores de la infancia y retratar vivamente las escenas más delicadas de la naturaleza y de nuestros primeros años, hé aquí el verdadero carácter de la cantilena.

La anacreóntica, por su donaire y por su frescura, es más propia de las naciones del Mediodía que de las del Septentrion. Por eso los pue-

blos del Norte jamás la han ensayado; por eso sus poetas casi la desconocen. Donde el sol no alumbré con alegría; donde no canten los ruiseñores; donde las zagalas no salgan á los campos; donde las flores no derramen sus perfumes; donde, en fin, las hojas plateadas de los álamos, mecidas por las auras, no formen una grata cadencia con las aguas del arroyuelo que bajan á la campiña, no ha podido nunca nacer, ni ménos aclimatarse, la riente cantilena.

De todos los poetas españoles que la han manejado, ninguno lo hizo con tanto acierto ni belleza como el najerano D. Estéban Manuel de Villegas. Dotado de un gusto exquisito y de una blanda sensibilidad, restituyéndole sus nativos primores, la llevó á su mayor altura. Como un fugaz riachuelo que serpea entre las galas de la floresta, y lascivo y jugueton salpica sus pimpollos olorosos, así Villegas vaga risueño, pintando con verdad y maestría los amores, las gracias y los placeres de sus personajes. Si no, véase la bellísima que comienza:

«Al són de las castañas,
Que saltan en el fuego,
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbía y juguemos.»

¿Se podrá dar una obrita más fresca y más delicada? ¿Se podrá dar un juguete más interesante,

ni más bien acabado? Al mismo Anacreonte hubiera sido agradable su lectura.

Bastante superior á ésta es la que comienza así:

«Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,»

tenida, con mucha justicia, por una de las más ricas perlas de nuestro Parnaso. ¡Cuánta novedad en la descripción! ¡Cuánta lozanía en el movimiento! ¡Cuánta pureza en el lenguaje! ¡Lástima es que una joya tan poética y luminosa tenga un final tan rastrero y prosáico!

D. Juan Melendez Valdés también escribió algunas anacreónticas de sobresaliente mérito, las cuales no señalo por no dilatar me demasiado. Varios otros poetas españoles han compuesto piezas de esta clase de poesías con éxito y gloria, las cuales tampoco indico por la misma razón arriba expuesta.

Los asuntos de la anacreóntica deben ser risueños, sencillos, ligeros y naturales; no siendo conveniente ni lícito al poeta dibujar cuadros de grandes dimensiones, sino pequeños bouquets, tablas reducidas de agradable colorido, de luz ceñida, de tono suave y de bien arreglados términos.

El plan de la cantilena, últimamente, deberá ser gracioso, escogido el lenguaje y la versificación meliflua. Sin estas tres dotes principales nin-

guna será digna, ninguna será apreciable, ninguna será buena.

De esta manera comprendo á la anacreónica: de esta manera comprendo á la cantilena, hoy tristemente olvidada entre nosotros. ¡Cuánto ganaría el Parnaso castellano si, resucitando cual una voluble mariposa, volviera á tender sus matizadas y vagarosas alas en nuestros aljofarados vergeles y pintadas selvas!

IV

EL EPIGRAMA

Mi querido Teodoro: El epigrama es una composicion corta, punzante y risueña, que ofrece ancho campo á las meditaciones del humanista. Griego de origen, vino á Roma, en donde desarrolló todas sus sales y sus gracias. En la Señora del mundo encontró grandes ridiculeces, vicios colosales en que clavar sus acerados agujones, sus envenenados dardos. Los agios de la administracion pública, la tiranía de los patricios, el embrutecimiento de los esclavos, la desenvoltura de las mujeres, el necio orgullo de los escritorzuolos le dieron pábulo y armas para sus rápidas conquistas. El elegante Juvenal y el conciso Marcial, nues-

tros paisanos, lo llevaron en Roma á un lugar distinguido y preeminente. Cualquiera que haya abierto las obras de aquellos dos famosos escritores conocerá fácilmente que mi opinion es muy justa y acertada.

Cuando los bárbaros del Norte, como un enjambre de langostas, invadieron la Europa meridional, el epigrama, tan propio de los pueblos cultos, huyó á otras más felices regiones. No era posible que una composicion poética tan ingeniosa y risueña viviese entre aquellas tribus groseras, entre aquellas hordas estúpidas. El godo y el hérulo, quemando los campos y arrasando las villas y las ciudades, nada le decian, nada le ofrecian, nada le brindaban.

Pasados aquellos siglos de ignorancia y de hierro, restauradas las buenas letras, volvió á aparecer enriquecido del donaire y de la jocosidad de la nueva civilizacion. En este tiempo fué cuando cobró el epigrama toda su gracia y valentía. En este tiempo fué cuando el epigrama llegó á su más encumbrado mérito.

En Alemania, Italia, Inglaterra, España y Francia comenzó á florecer el epigrama, pero singularmente en la última, donde sus poetas le dieron el mayor pulimento. El gran Boileau, el sabio, el literato, el epigramista, el satírico por excelencia, superó á todos los escritores antiguos. Un gusto

eminentemente clásico, un juicio severo y un estudio incesante lo hicieron uno de los primeros críticos del mundo. Boileau fundó en Francia la *Escuela crítica*, la escuela del verdadero saber, donde se han educado tantos humanistas insignes, tantos poetas célebres.

Nuestra España, esta nación donde la risa y la ligereza han tomado asiento; este país clásico para la sátira, el chiste y la bufonería, también ha visto nacer sus Juvenales y sus Boileaus. Sin hacer mencion del referido Marcial, hemos tenido á Alcázar, á Quevedo, á Iglesias, cuyos castizos epigramas no tienen semejantes en su género, de quienes eternamente tratará la sábia crítica. Alcázar, siempre atinado; Quevedo, siempre punzante; Iglesias, siempre original, nos presentan graciosos cuadros, en los cuales campean la pureza de la lengua española, la vivacidad del talento castellano. ¡Quién puede nombrar sin entusiasmo á Alcázar, á Quevedo, á Iglesias y á algunos otros literatos que han manejado el epigrama con tino maestro! ¡Quién puede leer sus obras sin llenarse de placentera alegría!

Alcázar, gran conocedor de la lengua, presenta con mucha gracia y tersura las imágenes, los cuadros y los personajes. El autor de *La cena* será siempre estimado de los verdaderos inteligentes. ¡Cuánta ligereza! ¡cuánta facilidad! ¡cuánta gala-

nura! ¡qué caudaloso raudal! ¡qué agradables situaciones! ¡qué raro dominio del idioma! Jamás en el mundo se ha poetizado de esta manera. Jamás una *Inés*, una *taberna*, una *bota*, unos *candiles*, unas *aceitunas* han interesado tanto como en aquella inolvidable obrita. Quevedo, tan ingenioso como burlon, sabe dar á sus creaciones toda la oportunidad que requieren los asuntos que trata. Iglesias, en fin, sabio filósofo de los vicios y de las ridiculeces humanas, de gusto clásico, y manejando con gallardía el castellano, logró recordar en el siglo pasado la galana suavidad de nuestros buenos escritores del XVI.

Estos son, pues, los tres mejores epigramistas españoles. Para conocerlos bien se necesita seguirlos en las imágenes, salirles al encuentro en los pensamientos, estudiarlos mucho, y no perder nunca de vista los planes y los argumentos de sus obras ni los caracteres de sus interesantísimos personajes.

El epigrama no es otra cosa que un pensamiento ingeniosísimo presentado con claridad y con soltura. Dirigido á manifestar los vicios y las debilidades humanas, debe tener hiel, nervio y acritud, sin cuyas tres cualidades ninguno cumplirá las leyes de su importante índole. Por no ajustarse á estos preceptos hay tantos epigramas fríos, pesados, ineficaces; hay tantos epigramas

faltos de mérito. Como una saeta clava su punta aguzada en las cortezas de los árboles, de esta manera el epigrama clava sus punzantes chistes en nuestros corazones. ¿Quién, para no temerle, confiará en sus talentos, en su cuna ni en sus riquezas? ¿Quién se creerá á cubierto de sus tiros? Nadie. Con el mismo buen resultado ataca á los Platones que á los Zoilos, á los Augustos que á los Arquias, á los Cresos que á los Cincinatos. Manejado con maestría, es el ariete de las legiones romanas, cuyos golpes desploman las más fuertes, formidables murallas; las más grandes reputaciones de la tierra.

El epigrama debe tener un argumento claro, que esté al alcance de todas las inteligencias. Como nacido en un momento de inspiracion sarcástica, no requiere lenguaje peinado ni escogida rima. Giros, cortes, números, cláusulas, todo en él está sacrificado al pensamiento. ¡Cuántos hay que nada valen por amanerados y relamidos!

El epigrama, en fin, promoviendo la alegría en el rostro, la risa en los labios y la paz en el corazón de los hombres, sirve de paliativo dulcísimo á sus penas y á sus dolores. En medio de tantos disgustos, en medio de tantos contratiempos como por todas partes rodean á la triste condicion humana, tiene venturosamente donde solazarse, donde templar sus males y sus infortunios.

V

EL MADRIGAL

Mi querido Teodoro: El madrigal, lindísima creación poética, la cual forma uno de los más olorosos y pintados florones de nuestro Parnaso, ofrece vasto campo á las investigaciones literarias. El tierno madrigal castellano es la delicia de nuestros humanistas y el recreo de los extranjeros, que lo gustan y lo saborean.

El madrigal es una composición noble, corta, tierna, sentimental y ligera, que abrazando un gracioso pensamiento, lo desenvuelve con elegancia y con belleza. Desecha todo lo pegadizo, lo mitológico y sobrehumano. La índole de su argumento, la variedad de su rima, la ternura de sus cláusulas, su blando movimiento, su vivaz colorido, su entonación suave y cadenciosa, y todo su conjunto, dan bien á conocer su mérito y su excelencia. Para superar estas graves dificultades se requieren grandes dotes en el poeta. Por esto hay tan pocos madrigales buenos.

Entre nuestros más notables madrigalistas descuellan los dos ilustres poetas Gutierre de Cetina y Luis Martín, el primero sevillano y el segundo

antequereño, discípulos de la inolvidable escuela de Retórica que fundó en Sevilla, á mediados del siglo XVI, el sapientísimo maestro Juan de Mal-Lara. Educados por este grande hombre, pudieron dar á sus bellísimas creaciones ese sabor clásico, esa dición escogida y castiza, ese raro consorcio de tintas, ese suave conjunto de imágenes y de pensamientos que tanto las recomiendan, que tanto las avaloran.

Voy, pues, á presentar el famoso madrigal del primero.

A UNOS OJOS

«Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me mirais, mirais airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos pareceis á quien os mira,
¿Por qué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al ménos.»

El poeta, enardecido, desea que aquellos *ojos claros, serenos*, lo miren, aunque sea con una mirada torva é iracunda. En el entusiasmo y enloquecimiento de su pasión, Gutierre de Cetina olvida los modos buscando solamente los fines. Tal sucede siempre á los verdaderos amantes, y Cetina lo era, sin disputa, cuando escribía aquella incomparable obrita.

¡Cuánto amor! ¡Cuánta ternura! ¡Cuánto sentimiento está derramando! ¡Qué argumento tan delicado! ¡Qué versos tan melancólicos! ¡Qué cortes tan expresivos! ¡Qué cláusulas tan blandas! Solamente un discípulo aventajado del maestro Juan de Mal-Lara pudiera poetizar de esta manera. Solamente en Sevilla, donde todo es pintoresco, todo placentero, todo apasionado, todo melodioso, pudieran oírse estos armónicos sonidos, estos acentos magistrales.

Véase también el brillante madrigal de Luis Martín.

Á MI NINFA

«Iba cogiendo flores
Y guardando en la falda,
Mi ninfa, para hacer una guirnalda;
Mas primero las toca
Á los rosados labios de su boca,
Y las da de su aliento los olores;
Y estaba (por su bien) entre una rosa
Una abeja escondida,
Su dulce humor hurtando;
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fuéase volando.»

Bellísimo cuadrillo bucólico, de gran mérito por su admirable sencillez y fresco ambiente. ¡Qué descripción tan lozana y apacible! ¡Qué tono tan blando y magistral! ¡Qué cláusulas! ¡Qué incisos!

¡Qué cortes! Todo, todo con una tranquila majestad, que da clara idea, que da segura certidumbre de que Luis Martín tenía un talento privilegiado para esta clase de composiciones poéticas. ¡Desgracia es que de este ingenio delicadísimo conozcamos tan pocas obras!

El madrigal, para ser bueno, necesita tener varias cualidades, que raras veces se encuentran reunidas. La originalidad de su plan, la ternura de su argumento, el aplomo de sus ideas, la lozanía de sus imágenes, la sencillez de su estilo, la cadencia de su versificación y la blandura de sus incisivos ofrecen graves inconvenientes; para superarlos se necesita aventajado talento en sus autores, mucha sensibilidad y mucho gusto. Los poetas que, careciendo de estas dotes indispensables, se lancen á escribirlos, lucharán en balde, trabajarán sin fruto alguno.

Todavía no está bien comprendido el madrigal. Todavía no está bien fijada su índole ni su valor. Todavía no están bien deslindados sus límites. Todavía, en fin, no está bien aclarado su oficio.

Si miramos su misma esencia, fácilmente conoceremos que es una poesía filosófica y sentimental. Él expresa nuestros más dulces afectos, pinta nuestras más delicadas pasiones, canta nuestras más filantrópicas inclinaciones, ensalza nues-

tras más generosas acciones. Como las gotas de rocío que, derramadas del cielo, vivifican y hacen crecer los árboles, las plantas y las flores, el madrigal, desprendido de los dorados labios de las Musas, nos da vida y alegría. ¡Pobre de aquel que al oír sus acentos melífluos permanece yerto é insensible!

El madrigal, pues, no es otra cosa que un dulce *jay!* del corazón, un alivio mental de nuestra vida, un bálsamo salutífero vertido en la honda llaga del vivir humano, un meteoro luciente que, atravesando la oscura noche del mal gusto, viene á alborear sobre nosotros, rodeándonos de claridad y de fulgores.

La índole del madrigal es noble por su esencia, grave por su manera, digna por su fin. Su valor es grande, inmenso, inapreciable; bien juzgado, es la obra más recreadora, la poesía más pintoresca y deliciosa del espíritu humano. Muchas otras le exceden en concepción, en tamaño, en objeto; pero ninguna en belleza, en ternura, en encanto. La oda, por ejemplo, le aventaja en entusiasmo; la égloga, en llaneza; la elegía, en dolor; la anacreóntica, en travesura.

Los límites del madrigal, como una guirnalda de flores, no se extienden mucho, son bien estrechos; pero no por eso carecen de espacio suficiente para albergar toques magistrales, bellísimas

imágenes y agradables descripciones. El brillante de la India, engastado en una sortija de oro de Ofir y reducido á aquel pequeño lugar, no vale ménos que suspendido de las águilas de la soberbia Roma ó de las banderas de la valiente España.

La naturaleza del madrigal no puede ser más noble ni más agradable. Una sonrisa escapada de los labios de una bella, un suspiro de un amante, una lágrima resbalada por las mejillas de una jóven, unos ojos árabes, un lirio ensortijado en los cabellos de una zagala, una mirada amorosa, expresiva y tierna, una ninfa, en fin, ceñida de blanco lino, jugueteando á las orillas de un arroyuelo con sus ondas apacibles; véanse aquí los mejores asuntos, la verdadera índole del madrigal. ¡Qué lindísimos son algunos dedicados á estos sencillos y poéticos objetos!

VI

LA QUINTILLA

Mi querido Teodoro: Esta composicion poética, de objeto ligero y de índole sencilla, es como la flor de los valles agitada por los mansos airesillos, ó como la voluble mariposa jugueteando entre el tierno ramaje de las selvas. Su olor es gra-

to, pero poco duradero; su vuelo es gracioso, pero poco elevado y seguro. En ciertos asuntos la quintilla participa de la gala y de la frescura del romance; pero siempre ménos vigorosa, más descolorida, más inodora. Entre nuestros buenos poetas la ensayó, con regular éxito, el eminente lírico Fray Luis de Leon. La quintilla, si se quiere sostener y que no caiga al suelo, no debe emplearse sino en asuntos descriptivos ó amorosos. Solamente para ellos nació; solamente para ellos vive. Ensayarla en otros asuntos es quitarle su gracia y lozanía.

VII

LA REDONDILLA

Mi querido Teodoro: Bien dirigida y manejada, puede sacarse bastante partido de ella. Mas para formarla sin que el martilleo de los versos primero y último pase á los dos del centro y canse ó lastime los oídos, se necesita tener, como Baltasar de Alcázar, mucho dominio sobre la lengua castellana y mucha facilidad y uso en la versificación. Ningun género le conviene tanto como el festivo ó el burlesco, que es propio y peculiar suyo.

Cuando algunos poetas españoles ensayaron en sus moldes otros géneros, nada bueno sacaron, sino toscos y feos embriones.

VIII

EL SONETO

Mi querido Teodoro: El soneto, composicion pequeña en su estructura, pero grande en su fin; pequeña en su forma, pero grande en su esencia; que desconocieron, por desgracia, los poetas griegos y romanos, y que tanto ha realizado á los de la moderna Europa; composicion llena de nobleza, de fuego y de entusiasmo, sin ser ajena muchas veces á la sencillez bucólica ni á la agudeza epigramática, ha logrado remontarse á la altura épica. La grandeza del sol, el estrepitoso ruido de la tormenta, la luz asustadora del relámpago, el bravío reluchamiento de los mares, la aspereza de las montañas, el murmullo del riachuelo, el pintado plumaje del pajarillo, el balido del cordero, el matiz de las flores, y, por último, hasta las costumbres más inocentes del hombre las ha cantado el soneto con su majestuosa entonacion, con su armonía sonora. Recórrase el repertorio poético de las naciones modernas, y principalmente de

Italia y España, y se hallará á poco trabajo la prueba de estas verdades.

No se sabe hasta el día con certidumbre y evidencia dónde tuvo su cuna el galano soneto, ni quiénes fueron sus ingeniosos inventores. Unos eruditos aseguran que los españoles; otros afirman, con gran copia de datos, que los italianos. Mucho se prestan ámbos idiomas para esta casta versificación. Á mi parecer, los españoles hemos sido sus primeros autores, y, si no los primeros, al ménos simultáneos con los italianos. Tres siglos ántes de que el laborioso Boscan los trajese de Italia á España, ya los habia escrito, aunque con la rudeza propia de su tiempo, nuestro célebre don Íñigo Lopez de Mendoza, Marqués de Santillana.

El ilustre Garcilaso, amigo de Boscan, haciéndolos bellísimos, tomó á su cargo el generalizarlos en su patria, cuya ardua empresa cumplió, como era de esperar del melífluo *Cantor de Salicio*.

Desde entónces los poetas españoles los han compuesto con esa limpieza de locucion, con ese sabor clásico, con esa grave maestría que siempre agrada, que siempre deleita, que siempre seduce en todos los trabajos del hombre.

Larga y prolija sería la enumeracion de todos los poetas españoles que han escrito buenos sonetos, por cuyo motivo me ceñiré á los más so-

bresalientes. Los dos hermanos Argensolas con su fijeza de imágenes, con su severo dominio de la lengua; Herrera con su innata valentía, Góngora con su galana pompa, Escobar con su pincel delicado, Lope de Vega con su vaga suavidad, Quiros con su melancolía exquisita, y, sobre todos, Arguijo con su locucion sentimental, profunda y grandilocuente, los han hecho capaces de competir con los mejores del mundo. Ábranse, si no, los libros de aquellos varones célebres, y se encontrará en cada página donde alabar su buen gusto y sano criterio. En obsequio de la brevedad, me privo del placer de señalar el mejor, en mi juicio, de cada uno de los referidos escritores.

El soneto, llamado por algunos críticos, con justa razon, el *martirio de los poetas*, debe encerrar un solo pensamiento, claro como la luz del día, desenvuelto con espontaneidad y belleza. Sus ideas han de tener una estrecha trabazon. Sus versos han de estar perfectamente rimados. Sus números han de ser sonoros. Sus cláusulas no han de hallarse manchadas con feas tintas. Sus consonantes no han de acabar en *iba, ado, azo*, y ménos en *ando, endo, ó ente*; porque, además de su numerosa facilidad, enflaquecen los unos, y los otros hinchán la versificación, asimilándola á la *culta*, ó á la *conceptista*, fatales escollos de que debe huir el buen poeta. Bien concebido el plan y estu-

diado con madurez, nunca se escribirá un mal soneto, porque esta es la clase de composicion poética que admite, sin afearla, más enmiendas y retoques. Ciertamente no hay otra que tanto se preste al castigo, á la lima y á la correccion.

La estructura del soneto, entre nosotros, ha tenido algunas ligeras variaciones, consistiendo éstas en las distintas consonancias de los versos empleados en los tercetos y la cola ó estrambote que tenían, como sobrepuestos, al final. El estrambote ó cola era regularmente tres versos de arte menor, los cuales, quitándole su limpia redondez, le daban cierto aire de epigrama, ajeno de su naturaleza y de su índole. Entre los sonetos con estrambote es celebradísimo el de Cervántes al túmulo de Felipe II, levantado en la catedral de Sevilla para las honras de aquel augusto Monarca, en cuya creacion el inolvidable autor de *El Quijote* padece algunas de las faltas y defectos arriba indicados.

Nuestros modernos poetas, singularmente los de este siglo, se han dedicado poco al soneto, acaso por juzgarlo algunos obra trivial y juvenil, ó eminentemente clásica, ó por no haberlo comprendido bien, ni haber conocido su verdadero valor, ni ménos su alta importancia en la república de las letras.

Pero, sea de esto lo que se quiera, lo cierto es

que, exceptuando á Gallego, Quintana, Arjona, Martínez de la Rosa, Reinoso, Heredia, Plácido, que los han escrito bellísimos, casi todos los publicados por los demas poetas son de bastante escaso mérito. Los autores del siglo pasado, estimando al soneto en lo que vale, dedicáronse á presentarlo con toda su fresca lozanía, con todo su ambiente regalado, con toda su delicada gala.

Entre los más notables que se conocen de aquel siglo estudioso y restaurador se distinguen los de Iriarte, Jovellanos, Meléndez, Cienfuegos, Forner, Iglesias y González, enriquecidos de aquellas imágenes galanas, de aquellos giros clásicos, de aquellas voces castizas, de aquellos arranques valientes que nos hacen recordar con entusiasmo al siglo XVI, al siglo de oro de nuestra Literatura, al siglo de los Arguijos y de los Herreras, de los Leones y de los Garcilasos. ¡Ojalá que esta especie de poesía clásica vuelva á cultivarse entre nosotros!

IX

LA OCTAVA

Mi querido Teodoro: La delicada, la pulera, la clásica octava, que tan justamente ocupa en

la poesía española un lugar distinguido, pues en ella se han escrito sus mejores poemas épicos, es una composición noble, limpia, galana, que, desechando lo culto, gongorino ó churrigueresco, aspira á altas glorias; y, pura y fresca como las azucenas de los valles, no quiere nunca mancharse con los negros borrones del mal gusto. El más leve lunar la afea, la más pequeña falta la rebaja, el desliz más imperceptible la ensucia y la descolora. Por eso tenemos tan pocos poemas bien acabados, tan pocas epopeyas sin defectos ni aberraciones.

Ercilla, en su desaliñada *Araucana*, comete muchos deslices. Sus octavas, salvando algunas descriptivas, son por lo general prosáicas, y carecen de la unidad, de la gala y del nervioso entusiasmo de los buenos poemas épicos. El mismo Padre Fray Diego de Hojeda, que con tanta facilidad y ternura manejaba la lengua patria, en su preciosa *Cristiada* se resiente algunas veces de los defectos arriba indicados. No así el insigne humanista sevillano D. Félix José Reinoso, en su célebre poemita de la *Inocencia perdida*. Muchas de sus octavas exhalan, por decirlo así, como las flores de las selvas, un perfume gratisimo, un aroma balsámico, un ambiente eterno de buen gusto, de vigoroso clasicismo.

Las comedias de nuestro teatro antiguo están

salpicadas de bellisimas octavas, que al encontrarlas en lugares de poco mérito literario, alegran al corazon humano como las praderillas de lirios ó de amapolas al caminante que atraviesa terrenos incultos ó áridos peñascales.

Traer á la octava al chiste, á la sátira ó á la bufonería es desconocer absolutamente su nobleza, su gala y su mision, y hacerle un grande ultraje. Ella no vino al palacio de las buenas letras vestida de arlequin, sino ceñida de blancos cendales y coronada de rosas y de amarantos.

La versificacion de la octava debe ser espontánea y nerviosa al mismo tiempo, cuidando que los versos aconsonantados sean blandos y bien contruidos para que el martilleo no se haga más duro ni tome ciertos vicios y resabios de fastidioso prosaismo. Sus rígidos consonantes y el lugar que ocupan les dan una clásica, armónica cadencia que, deleitando el oido, comunican al alma alegrías tan gratas é inspiradoras como los tañidos de las campanas de los monasterios ó los arpegios de los ruseñores de los desiertos.

Tambien debe el poeta cuidar mucho de que los adverbios empleados en sus obras no sean de muchas sílabas, los cuales, ocupando el mayor espacio de los metros, los hacen desagradables, tanto á la vista como al oido.

Tal es la octava, en fin, en mi pobre juicio.

Con estas ligeras reglas, con estos preceptos rápidos se pueden hacer buenas octavas, que conmuevan, deleiten y cautiven al mismo tiempo y sean la gloria, la honra y la celebridad de sus esclarecidos autores.

X

LA ÉGLOGA

Mi querido Teodoro: Diseminados los primeros hombres por los campos para apacentar sus ganados, que era entóncees su único ejercicio, comenzaron á cantar casi involuntariamente aquellas cosas y aquellos objetos que más de cerca herian sus sentidos y sus corazones. Despues de los grandiosos himnos á sus dioses y á sus héroes, cantaron al hombre en su estado rústico.

Ésta fué, sin disputa alguna, aljofarada cuna de la poesía bucólica. El blando murmurio de los arroyuelos, la lindeza de las pastoras, la amenidad de los vergeles, las tintas de las flores, los frutos de los árboles, los vellones de las manadas inspiraron sus primeros acentos.

En aquellas primitivas edades, el lenguaje de la égloga fué tosco y grosero, como eran sus personajes; pero despues, sujeto á reglas ilustradas,

vistió preciosas galas, que fueron cada dia aumentando y embelleciéndose más y más.

Sin embargo de estas mejoras, ojalá que el idilio nunca hubiera salido de los campos, su natural recinto, para venir á las ciudades á ganar en sentencia, pero á perder en lozanía; á ganar en pulimento, pero á perder en espontaneidad.

Hasta los siracusanos Teócrito y Moscho, segun el sabio Virgilio, las églogas no habian recibido preceptos. Pero las que hicieron aquellos dos célebres poetas se resienten de la notable grosería del primero y de la impropia delicadeza del segundo, como tambien del rudo dialecto dórico, lenguaje de Sicilia, en que entrámbos las escribieron.

El verdadero padre de la égloga, el que le devolvió con usura todos sus primitivos primores, todos sus primitivos atavíos fué el gran Virgilio, aquel varon celeberrimo cuya dulce memoria vivirá eternamente. Sencillez, frescura, colorido, interes, todo, todo se encuentra en las suyas. Quien las lea, soñando á todas horas con Titiro, con Melibeo, con Galatea y con Amarilis, suspira por los campos y por la vida pastoril, y desprecia las ciudades y las córtés.

No contento, pues, el hombre dentro del severo círculo que la misma naturaleza ha prefijado á sus trabajos intelectuales, extendió la égloga á las orillas de los mares y á las fragosidades de los

sotos. En las primeras colocó pescadores, en las segundas cazadores. De aquí las llamadas *piscatorias* y *venatorias*. Unas y otras no son, ni serán jamás, verdaderas églogas, verdaderos idilios, si no se truncan los sentidos y las acepciones de estas dos palabras.

La égloga, propiamente dicha, quiere amor puro, zagalas sencillas, pastores ingenuos, campos floridos, corderillos triscantes y terneros retozadores. Donde no concurren todas estas cosas y otras muchas más, no puede estar el idilio. Las escenas terribles de los pescadores, las sangrientas de los cazadores nunca entrarán fielmente en el plan de una buena poesía bucólica. Por esto el mismo famoso Jacobo Sannazaro, en sus *Piscatorias*, truncando los preceptos del buen gusto se muestra tan pálido y descolorido.

Muy atinado anda el sabio crítico francés Mr. de Fontenelle, en su *Discurso sobre la égloga*, cuando desaprueba las *piscatorias*, diciendo que las canciones y la calma son propias de los pastores, que pasan las largas siestas tendidos, como Títilo, bajo la dulce sombra de las copudas hayas; nó de los pescadores, rodeados eternamente de sustos, de temores y de sobresaltos.

Para escribir estas últimas églogas se necesita mucho artificio; para formar las otras ninguno. Las *piscatorias* son, pues, creaciones de la imagina-

cion, de la facundia y de la fantasía: las bucólicas de la misma naturaleza. Aquéllas bastardean muy á menudo; miéntas que éstas jamás se corrompen.

Serán buenas las églogas cuando, como tan sábiamente ha dicho uno de los mejores humanistas españoles de nuestros días, el malhadado D. Francisco Sánchez Barbero, al leerlas el cortesano, suspire por la vida pastoril y quiera cambiar los dorados techos del palacio por los pajizos de la cabaña. Aquellas que lo consigan, aquellas que lo ejecuten serán verdaderas églogas, serán verdaderos idilios.

¿Quién habrá en el mundo que al oír los preciosísimos de Gesner no quiera vestir el pellico, empuñar el caramillo y vivir entre sus lindísimas zagalas? Por lo que hace á mí, siempre que los leo compadezco al hombre encerrado eternamente en estas cuatro paredes, á que llama ciudades, donde se anidan todos los vicios, donde nunca respira el puro ambiente de los campos, que da á los pastores fortaleza y larga vida, y donde, en fin, refinando sus talentos, los resabia y los extravia.

Tambien nuestra España ha tenido grandes poetas bucólicos: tambien han florecido en ella felizmente, como las azucenas de los prados, muchos Biones y Virgilio.

El dulcísimo Garcilaso, el flúido Figueroa, el sentencioso Valbuena, el concienzudo Torre, y en

nuestros días el melífluo Melendez, han escrito preciosísimas églogas, que pueden servir de modelo.

Enriquecida nuestra España de campos amenos y vistosos, de ríos cristalinos y murmurantes, de montes floridos y pintorescos, el poeta bucólico encuentra á cada paso un sitio á propósito para teatro de sus fábulas. De aquí nace esa gran multitud de églogas castellanas que conocemos.

El idilio, como la pintura de paisajes, no se alimenta sino de la ambrosía y de los perfumes de los campos. Y ¿cuáles más bellos, cuáles más seductores que los nuestros? Échese una ojeada siquiera sobre esta Andalucía, sobre este suelo fértil que pisamos, sobre estas olorosas comarcas. ¿Qué falta, pues, en ellas para inspirar el entusiasmo bucólico? Esos valles sombríos y deliciosos de Sierra Morena, esas vegas feraces de Granada y estas cercanías de la hermosa Sevilla, que hicieron escribir á Bion las bellísimas silvas y á Herrera las célebres canciones, ¿no están convidando al poeta bucólico para cantar la lindeza de sus zagalas, vírgenes como el aura de las florestas, y la ingenuidad de sus pastores? Cada soto, cada vergel, cada umbría, cada bosque, de los muchos que embellecen á la feliz Vandalia, son eternos santuarios de la égloga.

Quien quiera, en fin, escribir buenas églogas estudie al hombre campestre, escoja una fábula

verosímil, tenga un plan constante, pinte sencillamente á la naturaleza, use de una versificación dulce y fácil, imite con cuidadoso tino los escogidos modelos que se presenten á su vista, y entonces sus obras llegarán á poseer todo el sentimiento bucólico, toda la belleza clásica que tuvieron en otras edades las de los Teócritos y Virgilio, Valbuenas y Garcilasos.

XI

LA ELEGÍA

Mi querido Teodoro: Si la égloga está dedicada á los lirios, los claveles y las frescas rosas de los campos, la elegía, por el contrario, á los sauces, á los cipreses y á los mustios beleños de los sepulcros: si la primera necesita de zagalas y de perfumes, la segunda de cadáveres y de lágrimas: si la primera, en fin, rie, la segunda llora.

Inventada para lamentar la muerte de los hombres insignes, descendió despues por grados á asuntos más ligeros y profanos. Sacada de su verdadera índole, arrancada de su verdadero lugar, perdió toda su grandeza y entusiasmo para adquirir algunas sobrepuestas galas que en nada la han

ennoblecido, que en nada la han mejorado. Bien conozco que son bellísimas algunas elegías, dedicadas á objetos cortos y triviales, con singularidad las nunca justamente aplaudidas de nuestro melancólico paisano Francisco de Rioja *á las flores*. Pero ésta no me parece razon suficiente para cambiar en lo más mínimo mi juicio, robustecido por el de muchos grandes críticos, tanto nacionales como extranjeros.

La elegía, para poder pintar con verdad y vehemencia sus afectos, pide mucho estudio del corazón humano. Tibulo, que lo conocia muy bien, las hizo sublimes. Propercio, que lo habia estudiado detenidamente, las escribió con universal aplauso. Ovidio, en fin, que por sí mismo los sentia, las produjo tristísimas. Su destierro al Ponto redundó en rico provecho del buen gusto y de la literatura latina.

Yo no sé por qué algunos hombres de gran mérito menoscaban el de las composiciones elegíacas, y más viendo en sus obras dulzura, sentimiento y melancolía. Yo no sé, vuelvo á repetir, cómo humanistas de gran nota no son sus más decididos partidarios.

Si de todas las acciones humanas ninguna es más tierna ni más interesante que el llorar y el gemir; si de todos los afectos de nuestra alma ninguno es más noble que el del sentimiento, la ele-

gía, que los expresa cumplidamente, debe ser una clase de poesía casi innata en el hombre; y digo casi innata, porque la mayor parte salimos llorando del amoroso vientre de nuestras madres.

De todos los sistemas religiosos que se conocen en la tierra ninguno es más á propósito para la elegía como el cristiano. Sin contar con otros grandes asuntos, el de un *Dios hombre*, que muere en la cruz por salvarnos; el de una *Madre amorosísima*, que, ensangrentado y lleno de heridas, lo recibe muerto entre sus brazos; el de unas *Santas Mujeres*, que lo acompañan hasta el sepulcro; el de un *Discípulo agradecido*, que no se aparta de su Maestro; el de unos *Apóstoles* que, por llevar la luz del Evangelio á los pueblos más remotos del mundo, mueren á manos de los gentiles; el de unos *Mártires*, en fin, que por confesar el nombre de Jesucristo espiran gustosos entre los más crueles suplicios y los más espantosos y duros tormentos, son, á la verdad, dignos de cantarse con lastimeros acentos. ¿Qué religion, en el universo entero, ofrecerá argumentos más sencillos, argumentos más nobles, argumentos más sagrados? ¿Dónde encontraremos otro *Redentor*, otra *Virgen*, otras *Mariás*, otros *Apóstoles*, otros *Mártires*? ¿Nos los ofrecerá, por ventura, el paganismo? ¿Nos los ofrecerá Confucio? ¿Nos los ofrecerá Mahoma? ¿Nos los ofrecerán, últimamente, Calvino, Lutero

y otros novadores? Nó, mil veces nó. Todos estos sistemas religiosos, que han nacido del hombre, carecen de la verdad, del entusiasmo y del idealismo necesarios para levantar el ingenio, cautivar el corazon y engendrar en el alma sublimes pensamientos.

Muchos años ántes de que en España se cultivase la elegía, los italianos las habian escrito bellísimas. Entre nosotros Boscan y Garcilaso fueron los primeros que comenzaron á trabajar con fruto en este género de composiciones poéticas, uniendo á la elegancia de su estilo y á la dulzura de su entonacion un sentimiento clásico y un tino magistral, dignos, ciertamente, de las lirás del galante Tibulo y del urbano Propercio. Sus ecos parece que salen de lo hondo del corazon, y van á perderse en la tenebrosidad de los valles ó en las tinieblas de los sepulcros. Sus ecos parecen lejanos gemidos de los vientos ó arrullos amorosos de la viuda tortolilla.

Fernando de Herrera, á quien sus contemporáneos dieron, con razon, el renombre de *Divino*, que la posteridad ha respetado y respetará eternamente, fué tambien uno de nuestros más grandes poetas elegíacos. Las sublimes composiciones que dedicó, bajo el nombre de *Eliodora*, á la linda condesa de Gelves D.^a Leonor de Milan, y otras muchas, nunca tendrán iguales en su género. La

dulce amistad que durante toda su vida profesó á esta tan bella como nobilísima dama sevillana, su compatriota, inspiraron á las robustas y lastimeras elegías que conocemos de aquel ingenio inmortal. ¡Cuántas obras de su arrogante pluma, cuántas creaciones de sus maravillosos talentos habránse perdido para siempre! Léjos de mí la dañada intencion de hallar lunares en las obras de tan inolvidable sevillano. Á otros críticos más severos ó más descontentadizos dejo este cuidado, les ofrezco este trabajo.

Despues D. Estéban Manuel de Villegas, el Catulo castellano, dedicado á esta casta de poesía, lució en ella casi de la misma manera que imitando á Anacreonte. El dulce maestro Leon tradujo sabiamente á Tibulo. El Príncipe de Esquilache, en fin, Quevedo, Barahona, Mendoza, Lope de Vega, el Conde de Rebolledo y otros ensayaron con mucho fruto los tristes cantos de la elegía.

En los dos últimos siglos tampoco han faltado en España buenos poetas elegiacos. Diganlo, si no, Sanchez Barbero, Moratin, Cienfuegos, Roldan, Lista, Castro, Blanco, Marchena, Gallego, Martinez de la Rosa y muchos más, que no nombro porque viven y todo el mundo los conoce. ¡Cuánta belleza de estilo, cuánta valentía de imágenes, cuánta verdad de pensamientos hay, como atesoradas, en las obras de estos varones eminentes! Muchos de ellos

podieran figurar muy bien al lado de nuestros grandes humanistas del siglo XVI.

El lenguaje de la elegía debe ser melancólico sin flojedad, sencillo sin bajeza, robusto sin hinchazon; que lleve en sí mismo pintadas las tintas del llanto; que sea suelto y espontáneo; que no tenga afectacion ni pedantería. El poeta, cuando temple las cuerdas de su laud, sienta verdadero dolor, y sus ecos serán, indudablemente, oídos con gusto: serán escuchados con interes. Poniendo en práctica estos avisos eternos, cumpliendo á la letra estos sanos preceptos, llegaron los vates griegos y latinos á atraerse el respeto de todos los hombres de buen gusto, á conquistarse el justo renombre que tienen en la república de las Letras. Seguir otro camino es perderse; es no hacer nada.

La elegía no es para poetas medianos. Su oficio, su tono, su número, su colorido, y hasta su mismo ambiente, piden espíritus privilegiados y grandes talentos. ¡Cuán insensato el que sin tales dotes se lanza á escribirlas! ¡Cuán presuntuoso el que sin ellos juzga superar sus grandes dificultades! El amor propio lo enloquece y lo ciega. No merecerá nunca de los críticos sino lástima y compasion. El que trate de escribir elegías busque buenos modelos, como los que he señalado. Yo le aseguro que no malogrará el tiempo.

En esta época, finalmente, lo mejor que del

género elegíaco se ha publicado en nuestra España ha sido, sin disputa alguna, la *Corona fúnebre de la Duquesa de Frias*, donde trabajaron casi todos nuestros buenos poetas contemporáneos. Precioso libro que, llevando hasta la más remota posteridad el nombre de aquella *Señora* y el de sus *Cantores*, probará á nuestros más lejanos venideros que su patria, aún en tiempos de la mayor decadencia literaria, de la más asquerosa impiedad y de las revueltas más brutales, supo producir algunos *Tibulos* y *Propercios*.

XII

LA EPÍSTOLA

Mi querido Teodoro: La epístola, ya sea ascética, ya sea moral, ya sea satírica, debe fundarse en la verdad, sin dar entrada en ella á la fábula ni á la ficción. Obra sencilla y delicada, deberá tener un lenguaje fácil y escogido, sin hinchazón ni altisonancia.

La noble lengua de Giron y de Mal-Lara posee, en esta clase de trabajos poéticos, muchas y exquisitas joyas. Rioja, Argensola, Jovellanos, Cienfuegos, Moratin y otros varios la cultivaron con provechosa gloria. ¡Qué podrá presentar el mundo

entero más filosófico, más dulce, más bello, más honesto ni más conmovedor que la del primero
Á Fabio!

«¡Pobrè de aquel que corre y se dilata
 Por cuantos son los climas y los mares,
 Perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,
 Un libro y un amigo, un sueño breve,
 Que no perturben deudas ni pesares.

.

Pasáronse las flores del verano;
 El otoño pasó con sus racimos;
 Pasó el invierno, con sus nieves cano.»

Las galas de la naturaleza rústica, las flores de los campos, los hechos de los héroes pasan y se hunden en la nada; pero esta brillante perla quedará eternamente entre nosotros, para honra del autor y prez y galardón de Sevilla, que meció su regalada é ilustre cuna.

«Las enseñas grecianas, las banderas
 Del Senado y romana monarquía
 Murieron, y pasaron sus carreras.

.

Casi no tienes ni una sombra vana
 De nuestra antigua Itálica, ¿y esperas?
 ¡Oh error perpétuo de la suerte humana!»

Ni siquiera un rastro que nos ilustre en la his-

toria de la colonia de Scipion, *ni una sombra vana* ha quedado de Itálica; miéntras que la *Epístola á Fabio*, sin menoscabo alguno, traspasando como brillante metéoro los más remotos siglos, verá la ruina de los imperios, el derrumbamiento de las monarquías, la muerte de las repúblicas.

No apunto nada de las de los otros autores referidos, porque, en mi pobre sentir, ésta las eclipsa á todas, haciéndolas caer, si no en el olvido, al ménos en la fria indiferencia.

Apesar de su sencillez, la epístola puede elevarse al *sublime* cuando trate de la grandeza, de la justicia, de la misericordia de Dios; de la santidad de María, de la paz del justo, del remordimiento del culpable y de la fealdad del delincuente. En todos estos casos, y algunos otros, el vate inspirado puede dar á su laud altas notas, tonos robustos y magistrales.

La epístola, en fin, es una composicion hidalga, amena, sentimental, que instruye deleitando y que está al alcance de todas las inteligencias. Es una de las creaciones poéticas que más se quedan en nuestra memoria, por las sentencias que encierra, los anatemas que fulmina, los vicios que ataca, sus giros apacibles y su cadenciosa versificación.

XIII

LA ODA

Mi querido Teodoro: Despues de haber tratado de la vulgar décima, del noble romance, de la amorosa anacreóntica, del placentero madrigal, de la campestre égloga, de la triste elegía, del galano soneto, de la épica octava, del punzante epigrama, de la concienzuda epístola, réstame ahora la gloriosa oda, esa composicion soberana, esa composicion sublime, esa composicion soberbia, que ha formado los grandes poetas del mundo.

Nacida en la antigua Grecia, participó la oda de toda la belleza y arrogancia de aquella nacion eminentemente sábia, de aquel país eminentemente ilustre, de aquel pueblo creador, cuya dulce memoria será siempre grátisima á todos los amigos de las ciencias y de las artes.

Tuvo, pues, la oda su regalada cuna enmedio de aquellos sagrados montes, sobre aquellas colinas encumbradas, junto á aquellas fuentes bullidoras, bajo aquellos templos espaciosos, en aquellas plazas ruidosas, y á la sombra de aquellas altísimas estatuas, admiracion y pasmo del talento humano. Allí nació la gloriosa oda; allí tuvo su

cuna. Allí tuvo su origen. Es altamente griega; es altamente ática: por eso todavía conserva sus atavíos divinales; por eso aún conserva sus brillantes galas. Como una hermosa matrona que, sentada sobre un empinado risco á las orillas de los mares, ve pasar las ondas sin que logren manchar sus blanquísimas vestiduras, así la gloriosa oda ha visto atravesar épocas de atraso y de oscurantismo, siglos de ignorancia y de barbarie, sin que en su índole ni estructura le hayan hecho variacion visible ni notable ultraje.

El gran Píndaro la elevó en Grecia, su patria, á una altura suprema. Bajo las cuerdas de su ardiende lira se formaron los primeros arranques, los giros, el desórden y la entonacion de la oda. Él fué su padre; él fué su fundador; él fué el maestro de esta clase de composicion.

Cuando el luminoso astro de la sabiduría se eclipsó para la Grecia, rodeada de pompa y de majestad vino la gloriosa oda al Lacio. Allí, asentada sobre las robustas torres del *Capitolio*, desplegó sus delicadísimas imágenes, sus dulces pensamientos, no echando de ménos las marmóreas cúpulas del *Partenon*.

La soberbia Roma, la Señora del mundo, ante su vista inclinó la frente, besando sus finisimos cendales. El grande Horacio, con ménos fuego, pero con más gusto que Píndaro, dió á la oda ese

interés poético, esa unción balsámica, esa apacible tranquilidad que cautiva el ánimo. Horacio, sí, el insigne Horacio fué el primero que en Roma engalanó su lira de rosas y de amarantos. La conquistadora de cien naciones tejió verdes y frescas coronas para las sienes de Horacio, su hijo predilecto. Los poetas del Tirreno llevaron la oda á un punto de belleza desconocido hasta entónces. Grandes ingenios la ilustraron más y más, y otros no ménos sabios, amaestrados en su manejo, le dieron el mayor realce y esplendor.

Muchas son las odas de Horacio que pudiera citar como modelos de castizo lenguaje y de poesía exquisita; pero basta con la famosísima que comienza *Beatus ille*. En ella el ilustre escritor, pintando con exactísimos colores la dicha del hombre, cuya vida no se ve acosada por la ambición ni aguijoneada por la envidia, retrata al vivo la paz de la modestia, el regalo del retiro y la ventura de la medianía.

Nuestro sin igual Fray Luis de Leon, discípulo aventajadísimo del vate latino, lo imita y aún, si es posible, lo aventaja en su oda á la *Paz del Retiro*, que forma uno de los más bien acabados ramilletes de la poesía castellana. La versificación de Leon es más débil, más descolorida que la de Horacio; pero, en cambio, las imágenes son más suaves y los pensamientos son más delicados y graciosos.

El primero con ménos fuerza de colorido, con más desmayo; el segundo ménos blando, ménos apacible, presentan de distinta manera la recreadora dicha del campo, del aislamiento y de la soledad. Ámbos hacen amar la medianía. Ámbos hacen olvidar la riqueza y el fausto de los palacios. Ámbos, en fin, arrancan hondos suspiros del corazon.

Entre las naciones modernas tambien ha habido algunos Píndaros; tambien ha habido algunos Horacios, que supieron sostener el buen crédito de la oda. Sin hacer mencion de los muchos que florecieron en Alemania, Italia, Inglaterra y Francia, pues esto sería dilatarne demasiado y ajeno de mi propósito, voy á dar una noticia, aunque ligera, de los mejores que produjo nuestra España en siglos más estudiosos y ménos gárrulos que el presente, para pasar despues al exámen y á la explanacion de los preceptos de la oda. Entre los poetas españoles que en ella más han sobresalido se cuenta al mencionado Maestro Fray Luis de Leon, al *divino* Fernando de Herrera, á D. Juan de Jáuregui, á Francisco de Rioja; y, en el siglo pasado, á D. Juan Melendez Valdés. Todos ellos la manejaron con pureza y arrogancia. El primero, sostenido por sus pensamientos delicados y suave versificacion, dominando con una limpieza inimitable la lengua castellana, nos lleva, como por la mano, á sentir lo que quiere. Para prueba

eterna de esta verdad, léase con detenido cuidado su brillante oda á la *Ascension*. El segundo, robusto, castizo, y en repetidos casos hiperbólico, pisa las florestas, atraviesa los arenales, recorre los desiertos, visita las ciudades, sube á las montañas, cruza los mares, vuela á los cielos, pasea por los espacios; y, siempre grande, domina la creacion entera. En la inmortal oda á la *Batalla de Lepanto* demuestra el *divino* Fernando de Herrera sus disposiciones sobresalientes para el género épico, y que habia estudiado con gusto y aprovechamiento la grandeza de la poesía bíblica y la cultura de la latina. Educado en estas dos sapientísimas escuelas, logró Herrera comunicar á su dorada lira esa dulce cadencia, esa celestial armonía, esos sonidos magistrales que campean en todas sus obras. ¡Lástima es que por imitar á Petrarca sea algunas veces tan lloron y amanerado! El tercero, ejercitado en la literatura italiana, sabe, con su lenguaje castizo y selecta locucion poética, conquistar el agrado de los sabios. El traductor de la *Aminta* de Torcuato Tasso merece justamente respeto y admiracion. El cuarto, de la misma escuela que Fernando de Herrera, pero más delicado, con más agradable colorido, y no rozándose jamás con la hinchazon, nos recuerda á Tibulo. Las bellísimas silvas á las flores, la epístola á Fabio, y la excelente refundicion que hizo de la cancion *Á*

las ruinas de Itálica, de Rodrigo Caro, le han granjeado al *Cantor de las flores* ese supremo nombre, esa fama augusta, que nunca olvidarán las edades. Jamás Francisco de Rioja morirá para el mundo pensador, para el mundo inteligente. El quinto, en fin, magnífico restaurador de la poesía española en el siglo XVIII, cuyo hermoso manto se encontraba manchado con los delirios de Góngora, de Quevedo y de otros soberbios novadores ó mal avenidos ingenios, lo mismo manejó el romance que la letrilla, la égloga que el soneto, la silva que la oda. Todo, todo lo recorrió con galanura y valentía. La égloga á *Batilo* y la oda á las *Artes* jamás morirán. Ellas dejaron asentados sobre las ardorosas sienes del vate de *Ribera del Fresno* los verdes é inmarcesibles laureles del genio.

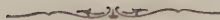
La oda, composicion lírica por su misma naturaleza; la oda, esencialmente lírica por su mismo objeto, quiere ardiente entusiasmo y arranques ligeros y elevados. Como cantora de los grandes héroes, de los hechos gloriosos, de las acciones generosas ó de la sobrehumana hermosura, que tanto encantan, que tanto distraen al poeta, necesita de ese bello desórden, de ese profundo movimiento y de esos giros variados. Es la oda aquella clase de poesía que, para manejarla, excluye á los escritores medianos. Su grandeza, su pompa, su gallardía y su sublimidad están reclamando altos

ingenios. ¡Pobre del que, sin dotes brillantes, sin claros talentos, se ponga á ensayarla! Todo lo que escriba será pueril, será ineficaz, será despreciable. El repertorio poético de todas las naciones del mundo atestigua, por desgracia, esta verdad eterna.

El plan de la oda debe estar muy ajustado á las severas reglas del Arte. Sus metros deben deslizarse con facilidad y lozanía. Su entonacion ha de corresponder estrictamente al carácter y á la índole del argumento. Sus estrofas han de tener mucha poesía, mucho fuego, mucho entusiasmo, mucho sentimiento, pocos episodios y ménos repeticiones, pues el intento del poeta no debe dirigirse más que á presentar sencilla y ligeramente los personajes y los sucesos, dándoles vida é intereses. No hay cosa más extravagante ni más ridícula que las odas en que el poeta se propone darnos una leccion de filosofía. Las que existen de esta clase no pueden llamarse odas, en su sentido genuino.

La oda, por último, si es sagrada, no deberá nunca descender á la tierra sino para dar al afligido consuelos y esperanzas, ó para comparar nuestra pobreza, nuestro desmayo, nuestro abatimiento y nuestra ignorancia con el inmenso poderío del Altísimo. Las odas sagradas se diferencian solamente de las profanas en que las unas, por diri-

girse á Dios, deben tener esa cadencia mística y respetuosa que tanto amortigua el espíritu; mientras que las otras, dirigidas á los hombres ó á sus hechos, tienen, para interesar, que engalanarse de esa nerviosa bravura puramente fatídica y mundana.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Dedicatoria.	3

ENSAYOS CRÍTICOS

POESÍAS DE FRANCISCO DE RIOJA

A la Rosa. (Silva.)	7
Al Clavel. (Id.)	11
A la Arrebolera. (Id.)	15
Al Verano. (Id.)	20
A la Riqueza. (Id.)	24
Fragmento. (Id.)	26
Al Jazmin. (Id.)	27
A las Ruinas de Itálica. (Cancion.)	29
A Layda. (Soneto.)	34
A Aglaya. (Id.)	35
A una Vid. (Id.)	35

	<i>Págs.</i>
A Fabio. (Epístola moral.)	37
Notas.	59

CARTAS LITERARIAS

Dedicatoria.	63
La Décima.. . . .	65
El Romance.	66
La Cantilena.	70
El Epigrama.	74
El Madrigal.	79
La Quintilla.	84
La Redondilla.	85
El Soneto.	86
La Octava.	90
La Égloga.	93
La Elegía.	98
La Epístola.	104
La Oda.	107



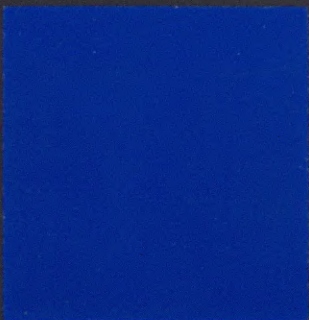
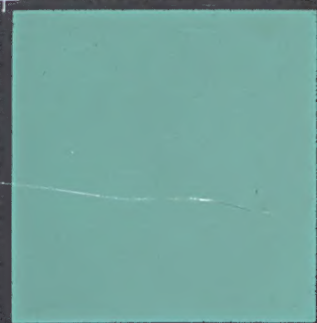
213168019

Se halla de venta en la casa de los Sres. Gironés, Orduña y Castro, Linceros 2, y en las demás principales librerías.

Ha.



colorchecker CLASSIC



calibrite